

Escuela Multidisciplinaria
de Estudios
SMJEG
Facultad de Humanidades
CPR-RP

1615

AMOR Y CELOS HACEN DISCRETOS

PUBLICADO EN LA SEGUNDA PARTE DE LAS COMEDIAS DE TIRSO
(MADRID, 1635)

REPRESENTOLA VALDES, CON QUE COMENZO EN SEVILLA

PREAMBULO

Cuando se ve, esta comedia nos dice por sí misma cuánto y adónde la representó, el cuándo nos la refieren en varios modos testimonios cotidianos e irreversibles.

Sanchez Arjona, en sus Anales del Teatro en Sevilla, nos dice, refiriéndose a 1616, «En este año, el anterior o el siguiente—es decir, en 1615, 1616 o 1617—, en que, como ceremos, trahébat Pedro Valdés con su compañía en el corral de «Doña Embrua», debió de ser cuando este autor de comedias comenzase sus representaciones con el estreno de la comedia de Tirso de Molina Amor y celos hacen discretos.»

Desde luego, hay que desenterrar de los datos mencionados por Sanchez Arjona el de 1617, en que consta que fray Gabriel vendía en Santo Domingo, comendado de comedias y comediantes. En cambio, cuando por julio de 1615 estreno Valdés en el tablado de la Fruta Don Gil de las calzas verdes, donde el autor festivamente le menciona en prueba de cordadas relaciones, era ocasión propicia para que el poeta hubiera entregado a su intérprete los «cartapacios» de las cuatro comedias a las cuales dio este título en los corrales andaluces.

«El mismo autor Pedro Valdés—añade

de Arjona—estrenó, no sabemos si en esta ciudad, pero también por esta época, las obras de Tirso de Molina Quien habla, paga, y la primera y segunda partes de Adversa fortuna de Don Alvaro de Luna.

Esto parece confirmar la creencia de algunos de que Tirso vendió a la sazón en Sevilla.»

Esta última indicación de Sanchez Arjona deja entrar la traducción conservada en aquella ciudad de que Tirso presenció en ella la representación de algunas obras suyas. Y esto muy bien pudo acontecer respecto a Amor y celos hacen discretos, en 1616, en los días en que fray Gabriel residió en Sevilla a su paso para la isla Española. Residencia que hay que fijar después del 23 de enero de 1616, fecha de la real cédula que ordenó aquella expedición de los mercedarios, y antes del 10 de abril, en que salió de Sanlúcar la mayo que los llevaba a Santo Domingo.

Y la fecha de la representación en Sevilla de Amor y celos... 1616, conviene y se concierda puntualmente con la alusión de Cervantes en el capítulo II de la segunda parte del Quijote, capítulo redactado en 1615 y con la cronología que fija al autorado de hierro de Teller en Aragón, y al ecleto

1306489

aragoneses de su teatro. Y el destierro de Tellez y el exilio aragonés que de lo li de la novela sin par a Estreuel el nacio se enajaja exactamente en el claro dogmático abierto en los documentos de Toledo, así como el asunto de Amor y celos... y el propósito que trasno esta comedia se ajustan fielmente, reveladoramente, al momento histórico en que se produjo.

Nada tan interesante y atrayente como este conjunto de la Historia, de los documentos, de las cuestiones literarias, de las simulaciones obras del mismo autor, a la genesis de una de las comedias de Triso que tienen su raíz firme en la vida del poeta y en las múltiples acciones e injurias de la realidad contemporánea.

He dicho en otras preámbulos, y es fundamental repetirlo aquí que Cervantes en la segunda parte del Quijote, capítulo LI, alude cariñosamente a Amor y celos... empleando el sistema de equívocos y doble sentido que el mismo definió en el Coloquio de los perros y en el Pensiles, en el siguiente portafolio con que empieza la Carta de Don Quijote de la Mancha a Sancho Panza, gobernador de la insula Barataria.

«Cuando esperaba oír nuevas de tus desvelos e impertinencias, Semeño amigo, las oí de tus discretiones, de que di por ello greotas particulares al Cielo, el cual, del estereón, sabe levantar a los pobres, y de los tontos, hacer discretos.»

Cervantes juega aquí del vocablo burlesco con el título de la comedia que examinamos y con el nombre del lugar de donde Triso volvió al exilio, o donde muy poco antes residió: Estreuel, pueblo en el cual se hallaba el convento mercenario del Olivar, donde es indudable que Tellez estuvo por entonces y dramatizó la milagrosa fundación de aquel monasterio en La Dama del Olivar, comedia que cobijó varias veces y se enlaza cronológicamente con la tercera Santa Juana (1614).

Y a mi juicio, no fue esta la única alusión de Cervantes a Amor y celos. Ya en el preámbulo a Tanto es lo de más como lo de menos de Tellez en Toledo a 27 de febrero de 1615, prueba que el escrito había terminado, y

la alusión de Cervantes en el capítulo LI de la novela sin par a Estreuel y Amor y celos... confirma que el destierro fue anterior al final del Quijote (1615).»

Y en el mismo preámbulo escrito que en la inconcordancia personificación de Tellez en el maldeciente Cid (1), y refiriéndose a este, dice el autor inmortal: «Con todo esto, diaban al maldeciente discreto, que la agudeza maliciosa no hay conversación que no ponga el punto de saber, como la sal a los manjares y a esto de la sal a los manjares referida al agüero de la sal, propio de los Mendocas, y tiraba también a Triso), y, por lo menos, al maldeciente agudo, si le vituperan y condenan por perjudicial, no dejan de absolverle por discreto. Este, pues, murmurador a quien su lengua destierro de su patria.»

La afirmación del destierro de Cid (Triso) es aquí terminante. Y lo de condenarle por agudo y absolverle por discreto, palabra esta última que subrayo por insistente repetida en estos párrafos, es alusión combatiente con la del capítulo LI del Quijote, al destierro en Estreuel y a la comedia Amor y celos HACEN discretos.

Sobre que los vocablos «condenar» y «absolver» son términos jurídicos, y hábilmente empleados para expresar que se aluda a un proceso, a un acto de justicia, a un destierro y a la absolución de aquella pena.

Y el insinuar claramente que a Tellez le fue levantado aquel destierro mereced a su comedia Amor y celos... tenía, en mi concepto, una segunda y tercera intención, significaba que aquella comedia fue tris de paz y prenda de constatación, que, si no sacó a Tellez del exilio, le redimió de las culpas que lo llevaron a él.

Y esto se acerca tanto a la verdad que llega a confundirse con ella, véase como:

La genesis de Amor y celos HACEN discretos coincide con un momento culminante de la vida del grande Osuna, su elevación al virreinato de Nápoles, ascenso justamente desado por el exilio procer, pero que no se logró sin lucha.

(1) Peralta, libro II, capítulo V.

Para que no pueda suponerse que moldeo la historia dentro de mis hipótesis críticas, transcribo el relato que de ese momento de la vida del glorioso duque hizo don Aureliano Fernández Guerra, en nota a la página 49 de su Vida de Don Francisco de Quevedo Villegas (1):

«Siempre se tuvo por ascension y ordinaria escala del de Sicilia el gobierno de Nápoles; ambiciosamente Osuna, y así que entendió la venida del conde de Lerma, formó de ello el mayor empeño con Ubeda, quien alcanzó, no sin gran trabajo, complacer a su conde, haciendo que en él se publicase el cargo en el Consejo de Italia a 22 de mayo de 1615. Solo con el auxilio de Alaga pudo vencerse la fuerte resistencia de Lerma, nacida del estorbo que en su Majestad había mundido el barbero cutisigo que dio Osuna a un parte de Natoli, porque no descubrió los secretos de su amo. Pesaron más que las desventajas las grandes ventajas obtenidas en Sicilia por aquel príncipe, y levantaron, al fin, el logro de sus deseos. (En el Memorial de Chamacero), folios E, folio H, C, folio 7, F, folio 8 vuelto, H, folio 18, y K, folio 22 vuelto.—Torres, página 46.)

La promoción del de Osuna al virreinato de Nápoles, alcanzado solo mediante el auxilio de Alaga, estrecho sin duda, los lazos de la buena amistad entre Triso, Alaga y Quevedo, amistad que persistía entre los dos últimos un año después, como demuestran las cartas de Quevedo al duque de Osuna. En la del 21 de febrero de 1616 se lee: «el P. Confesor (2) es purísimo amigo de vuecelencia y reconciliadísimo a la opera que vuecelencia le envió a hacer desde Penahiel cuando murió Jaén, y a mí me lo ha dicho, y es vuestro mismo amigo...» (3).

Triso, por su parte, declara que Alaga

era un amigo y valedor de su Orden, y que por su mediación admitiese su Majestad (Felipe III) de mercenar en su convento (de Madrid), favor que no lograron otras Comendadas más ruidosas (Historia de la Merced).

Triso, tan diligente a Osuna, a pesar del Pebeque, un suyo de coronación en los días triunfales, y más aún en la adversidad, según lo demuestra su teatro, era, si no desde las escuelas de Alcaid (1), sin duda, desde los años mozos y por la común desoición a las señoras Musas, amigo y grande estimador de Quevedo, secretario entonces, confidante y hechura del gran Jiron, por cuyo asenso al virreinato de Nápoles interesábase ambos sobrinos en aquellos días, con interés que estrechaba entre ellos el afecto, que llegó a la intimidad de la colabración dramática, ya que el autor de los Sueños cooperó, aunque superficialmente, a las prosperas fortunas de Don Alvaro de Luna, por causa de cuya colaboración vino a romperse la amistad entre tan altos ingenios, con harto dolor de Tellez, que lo lamenta en varias obras suyas. Después, en 1620, con la obsesión entre Osuna y Quevedo, el cual nos la cuenta en sus cartas, y en 1621, con la prisión del duque y la entrada de don Francisco al servicio de Olivares, la enemistad entre Quevedo y Triso se fue creciendo hasta convertirse en intolerantísima discordia, en 1630, con El Chulón de las tarabillas.

Y fue de lamentar aquella ruptura, porque para Triso, tan despreciador de los hipocritas, de los epata pocos, de los pusilánimes, como atraído por los temerarios, para Triso, a quien la necesidad enjuerece y el alto vuelo de la mente arrobaba; para Triso, que en el arroyo de la censura, y en el dominio de nuestra lengua oceánica, y en el arte de plégaría y modelaría a su antojo no tuvo más compeltor que el crítico filisoso y multiforme, Quevedo era el amigo insustituible, el solo heredo fijo y reflejo, la desbordante

(1) Tomo XXIII de la Biblioteca de Autores Españoles.
 (2) Este mismo Alaga no era ya confesor vesno en esa fecha, Quevedo seguía llamándole así, pues no cabe duda que a fray Luis de Alaga se refiere en toda esta y otras varias cartas.
 (3) Astrana Marín publica entre esta carta en su Edición crítica de las obras completas de Quevedo, Obras en prosa, Epistolario, páginas 1603 y 1606, Ed. Aguilar.)

(1) Quevedo estudió las primeras letras en Madrid, en el Colegio Imperial de los Jesuitas, y cursó las Artes en Alcalá de Henares, de 1598 a 1600, y estudió Teología en Valladolid, de 1601 a 1603, años en que Triso estaba en Guadalupe.

placencia del torrente intelectual y la peligrosa valentía de decir lo que se siente. ¿Cero la pagaron los dos?

Por lo mismo que a Fray Gabriel le faltaba y la humildad monástica le pesaban los indicios corceles del pensamiento y de la fantasía, atraíanle el ímpetu de huracán de la mente y el desbordamiento verbal de Quevedo, que soltaba fulgido y audaz hasta saltar las muros y de rechazo se precipitaba y sumía en el légame.

Aunque Tirso no le soltara en el entendimiento y desentendida crudeza del habla, atraía aquella extrema libertad de las ideas y aquellos ingeniosos modos de envolver y velar en sutilezas y aun de volutas estruendosas y aun todo, satisficiera la prodigiosa multitud de saleres y la élitica figura, que lo mismo trataba de leología que de historia, de arte militar, de diplomacia, de vida palaciega, de secretos políticos, de mitología, renacentista, de la destreza de la espada, que él y en lodazales homopones y celestrescos se preciaba de inventar de las jaca-Bascon, explorador y eclesiólogo de El Pedro Bolero y de los zahuradas de Placencia guardar en el alma los tesoros de hacer con que soporito prisiones y martirios, y se entregó sumiso a la muerte. Esta soberana ingenua hubiera sido el amigo ávido e insustituible del Fidalgo de la Merced, a no separar los celos de las Musas y vicitudes políticas.

Y ha sido error de críticos y biógrafos el suponer que Ruiz de Alarcón fue el colaborador y amigo directo de Tirso. Así, don Luis Ferrnández Guerra, con Fr. Tirso, escribió, «la identidad de puntos y estos seguramente los uno, y el epigrama que por tradición se ha conservado es prueba evidéntissima de que ambos solían escribir de consuno».

Pero ni la identidad de puntos y de estilos pudo existir entre hombres de naturaleza y de psicología tan opuestas, ni aunque es indudable que colaboraron una o dos veces, puede afirmarse que escribieron juntos. Tirso y Quevedo, por la multiplicidad de sus poderes y calidades intelectuales y estéticas, eran los dos más completos personificaciones del Renacimiento.

Entre Ruiz de Alarcón, el siempre asido a la realidad, el sentencioso, el sermoneador, el mesurado, y Quevedo, el desmesurado, el inmensurable, el amigo sin sustitución para Tirso era dos de patomas. Y la distancia entre Alarcón y los genios creadores ya la señalaba definitivamente el maestro (2). Pero, importaba mucho demostrarla para ya resolver en los problemas de atribución de las obras de Telles.

La fuerza de las circunstancias, el interés de ambas sátiras por el día que de Osuna, la presentación y trato de los dos en que fray Luis de Alarcón, en la comedia, apogada cerca del rey, la conditura del gran fison para el extranjero de Nápoles, de cujas negociaciones informada el egregio satirista a su rey, que permanecía en Sevilla, fofó contribuyó a estrechar los lazos amorosos y la camaradería literaria entre Tirso y Quevedo, de 1615 a 1616.

Y en aquel ambiente, entre doctores, Amón y otros hacex discretos, se produjo la comedia palaciega de Tirso, para la cual, en je de intimidad afectiva, escribió don Francisco de Quevedo, una crítica, que felizmente se ha conservado entre sus originales y ha publicado las Obras Completas de su autor, el benemérito Astrana Martín (3). Y esto ya no son inducciones e hipótesis de la amistad testimonio irrecusable de la amistad.

(1) Las fechas de las comedias de Tirso que concluyen sátiras contra el marino, prudenencia, si ambos se unieron, tampoco alguna colaboración hacia 1614, fue frente a Quevedo, (2) Prólogo a mi libro Del siglo de Oro, págs. xxii y xxiii.

(3) Antes fue publicada, en 1917, en el tomo III de las obras de Quevedo, las sátiras de Tirso ya, desdichadamente, por don Aureliano Ferrnández Guerra, Poeta. Colección Arriana y corregida por don Florencio Jaenr, Poemas CXIII de la mesa Thalia, págs. 543, tomo LXIX de la Biblioteca de Autentica Zapalola.

y unión entre Tirso y Quevedo, de 1615 a 1616, y un claro indicio del ambiente en que se produjo Amor y Celos Hacex discretos y de las certenas alusiones con que Cervantes coopera desde el Quijote y desde el Persiles a situar esta comedia en su hora y en su ambiente propio.

Pero antes que de la loc, importa hablar de la comedia misma, la cual nos revela mejor que nada su origen y su sentido.

Aunque Hartzenbusch declara del protagonista de Amor y Celos... «Personaje histórico es el Don Pedro de Castilla, que figura en esta comedia... a continuación observar: «Pero la pieza es enteramente de invención».—«En lo que se argumenta con las noticias que de aquel distinguido varón nos conserva la Historia y Letras de que habiéndose tratado amores Don Pedro, y mucho menos de matrimonio con una duquesa de Amalfi, de creer es que en su vida salió de España. Destinado por el Rey Enrique III a la Iglesia, tuvo Don Pedro en su juventud, que fue muy borrascosa, ocho hijos naturales en dos señoras castellanas de noble cuna; recibidos los órdenes sacros, fue promovido, por el Rey Don Juan, al obispado de Osma, y, más adelante, al de Palencia. Construyó una nave de Santo Domingo el Real de esta Corte y murió desgraciadamente en Valladolid, celebrándose de un arduo, a 27 de abril de 1641.» (1). Como se ve, este Don Pedro de Castilla no se parece absolutamente en nada al protagonista de Amor y Celos Hacex discretos.

Lo evidente es que Tirso dio significativo origen histórico a su personaje para acentuar el fuerte sentido de actualidad, que muy de propósito quiso infundirle.

Al principio de la comedia se leen estos versos:

Y aunque en Nápoles es Cerón gran mariscal...

Y de ellos dice Hartzenbusch: «En esta línea esta expresión el que la oye, si se figura que es en Nápoles donde pasa

(1) Examen de amor y celos hacex discretos, (Tratado escogido de fray Gabriel Téllez, tomo I, págs. 587 (lib. 10.10) y 593.)

la acción del drama, y no llega a salir completamente del error hasta la escena VIII.» Y no sería este adecuado coluntario del autor para llevar la atención de su público a Nápoles? Después, la figura de Don Pedro de Castilla se va destacando por sí propia, y aunque Telles le hace secretario del mariscal de Nápoles, su jerarquía espiritual le levanta sobre su señor. Ya lo advierte Hartzenbusch, aunque sin descubrir la intención del autor: «Si Don Pedro de Castilla es secretario del gran mariscal de Nápoles, ¿cómo no deseará a quien sirve?»

Su procedencia del Justiciero castellano, muy repetidamente recordada en la obra, da a este Don Pedro una personalidad descolante.

Y cuando el público de Madrid, donde es evidente que estrenó Valdes esta comedia, con la cual iba a comenzar en Sevilla, y para la que escribió el prelo la loc, ogera en la escena IX del acto I a la Duquesa debr a Don Pedro:

Espera suite mandar a Nápoles, y sea culpa en vos el deslucir creditos de su valor con traza para señor mejor que para servir.

Aquel concurso seguiría fijando su atención en un egregio Don Pedro relacionado con Nápoles.

Y cuando en el acto III, escena V, Victoria dice a Don Pedro:

Yo ya se que vuestro padre fue hijo de Don Pedro el Justiciero, a quien con falso apellido llamari cruel las historias que imprimen sus enemigas.

Aquel público, a fuer de madrileño, rudo de percepción y además adiestrado en la escritura de los recabios y en las adiciones de las alusiones, y a cuyos oídos habría llegado, desde los patios de Palacio y a través de los rumbidos, la jacha que se libraba en la Corte sobre el condeador o el requer el atrevido de Nápoles al duque de Osuna, que era, como el de la comedia, un egregio Don Pedro, que cual

todos los Jirones, se preciaba de des-
pender del fiero mortarca de Castilla,
aquel público, y aun todo el pueblo
de Madrid y el de España, que admi-
ra al venado de Montiel como al arro-
pante y triunfador Osuna, cuyas ban-
das en Flandes y cuyas desahucadas
presas, a lo largo del Mediterraneo,
se narraban en extensas relaciones que
necesaban los ciegos por las calles ma-
drideñas, aquel pueblo, cuyo fervor ha-
cía lo grande y lo heroico abarcar a
los dos magnos Don Pedro, peribitá,
en un relampago, la intención del pos-
tel al fundir con la del formidable mo-
narca la causa del gran Jirón, excu-
pando a este de la nota de crueldad
que pedaba sobre él en aquellos días.

¿No era por un pecado de crueldad,
verdadero o supuesto, por lo que se le
negaba el tratamiento al duque de Cen-
ta?

¿No era digno de Tirso el subitio y
caballeresco arranque de someter jun-
tas al juicio del pueblo las causas de
aquellos dos inmortales defraudados de
la Historia: el Rey Don Pedro, cuya
vida y reinado escribieron los servida-
res de su maridador, y el grande Osuna,
al cual preparaban muerte y cárcel las
Españas...

de quien el mismo escriba la fortuna?

Si los Jirones segunda ofendidos con
Telles por causa de El castigo del Pen-
sequé, el modo de desenojarlos fue Je-
hishma.

Y si el trueno del aplauso falló ro-
tundamente en la causa de los Jirones
y en la del poeta exiliado, esto expli-
ca las reticencias de Cervantes en el
Pericles, aquella de condenar por agu-
do a Clodio el Desterrado y absolver-
le por discreto, palabrada esta asistida
como en el capítulo El del Quiso, al
título de la comedia.

No mismo, indusco. Pero si Tirso no
se propuso defender al gran Jirón en
cámba del Rey Don Pedro, ¿para que
sacar el plato histórico del mal juzga-
do monarca a las tablas del teatro, jus-
tamente en los días en que se acusaba
de cruel al prócer homónimo y des-
cendiente del Justiciero?

En los días en que Telles desenta
enmendar su Penseque e indunmarse
del destierro, ¿para qué sacar a los corra-

tes de comedias a un Don Pedro de
Castilla, no menos que nieto del Rey
Don Pedro, y personaje que parece
creado para personificar la estrige y
el nombre de Don Pedro Jirón, y en
quien resume Telles, mag de propósito
la historia del trágico monarca en es-
tos versos:

de Don Pedro el Justiciero,
a quien con falso apellido
llaman cruel las historias,
que imprimen sus enemigos.

y en estos otros que pronuncia el mis-
mo de aquel soberano:

Bebera con sus desgracias
su envidia y persecución?

Calumniado por sus historiadores,
envidiado y perseguido, ¿no era esta
la semblanza íntegra del infortunado
Rey?

Pero hay algo más; en los versos
transcritos dice Telles:

Las historias
que imprimen sus enemigos.

Y aquí imprimió era actuar in-
tencionadamente la doble ofensa. Si
Tirso se hubiera referido solo al Jus-
ticiero y al cronista Ayala, hubiera di-
cho: «Las historias que escriben sus
enemigos, era lo natural, lo espontá-
neo; si algo imprimen no fue por im-
propiedad involuntaria, imposible de
atribuir a Tirso, sino a conciencia, pa-
ra demostrar que no andaba solo el Rey,
de quien siempre fue partidario, sino
al erregio prócer, a quien acusaban de
crueldad los altos poderes: el Rey y
Lerma.

¿Llegaría a imprimirse clandestina-
mente por entonces alguna inscrip-
ción que propalara aquella acusación?

Osuna, como todo grande hombre—y
más los arrogantes como él, que desde-
ñan el defendense—, tenía adversarios
tan poderosos como los Borjas, tenía
envidiosos y calumniadores, recuer-
dase las provocaciones con que le figu-
ró Villamediana, que, sobre escarar-
cer la arrosolada probidad del duque,
le acusó de alta traición:

Fue tan humilde, que el Rey
le dio de odio Tirso
y aspiró a dos letras menos.

Lo cierto es que la evocación y des-
agravio del Rey Don Pedro, personifi-
cada en Don Pedro de Castilla, arroja
luz sobre la génesis de Amor y
Otros HACEN DISCRETOS.

Y para ser en todo sugerente y re-
veladora esta comedia, nos ofrece la
respuesta más rotunda a una noble in-
terrogación de Menéndez Peláyo. El
cuál, en su memoria prologo a El
Rey Don Pedro en Madrid, resuelto a
decidir entre Lope y Tirso el pleito
de la atribución de aquel soberano dra-
ma, para fallar en justicia, indica la
competencia de saber en qué concep-
to tenía Telles al Rey Don Pedro, si
a través del criterio del cronista López
de Ayala le juzgaba cruel, o según la
tradición popular tentaba por justiciero.
Evidente es que averiguar si Tirso opi-
naba como Ayala, o como la tradición,
era el medio seguro de saber como
nuestro poeta hubiera tratado al forni-
dable monarca en el teatro.

Pero ¿existían pruebas, o al menos
indicios, del concepto en que Fray Ga-
briel tuvo el temido soberano?

El maestro no los encontró, e inclui-
ndolos a adjuviciar la obra al poeta
que más veces hubiera dramatizado a
Don Pedro, escribió:

«En ninguna de las comedias de Tir-
so que hoy conocemos aparece Don Pe-
dro, ni como protagonista ni como fi-
gura secundaria. Carecemos de todo re-
curso para conjeturar cómo le hubiera
tratado (1).

Felizmente he logrado hallar tres
pruebas auténticas—una de ellas auto-
grafa—del concepto no solo favorable,
retribuidor, de Tirso acerca del Rey
Don Pedro, sabemos, pues, por el mis-
mo Tirso, que este le hubiera tratado
como le trató el autor del grandioso y
melodramático.

La primera prueba la conocemos ya;
nos la ofrecen en la comedia que es-
tudiamos los seis versos transcritos:

de Don Pedro el Justiciero,
a quien con falso apellido
llaman cruel las historias
que imprimen sus enemigos;

¿ los otros dos que pronuncia el mis-
mo del soberano.

(1) Obras de Lope de Vega, publicadas por
la Real Academia Española, tomo IX. Obser-
vaciones preliminares, pág. ccll.

Bebera con sus desgracias
su envidia y persecución.

Tirso declara aquí a Don Pedro «jus-
ticiero» y calumniosamente abomina-
do «cruel» en las historias escritas por
sus enemigos, y además le considera
desgraciado, envidiado y perseguido.
Y este mismo concepto consigna Telles
en otros versos después de su Cronica
mercedaria.

La segunda prueba nos la ofrece Tir-
so en Siempre ayuda la verdad, come-
dia que Hadrumbach incluyó, en dada
e intencionalmente, entre las de Ruiz de
Alarcón, y Cortáez ha restituido con
acuerdo a Tirso, el cual dice en ella,
por boca de Tristán de Silva, a Don
Pedro el Bravo (jornada I, escena X):

Tus Bayas Pechos tiene agora España
y todos vees crueldes, ¡Cosa extranha!
Mas si el de Aragón y el de Castilla,
por Justiciero este nombre tienen,
en Zaragoza, aquel, ese, en Sevilla.....

Como se ve, Telles vuelve a declarar
aquí «Justiciero» a Don Pedro de Cas-
tilla.

La tercera prueba la consigno Fray
Gabriel en su Historia de la Merced,
parte I, folio 267 vuelto.—Al Margen:
Año 1569.

«Formando agora a anudar los años
que soltamos, digo que el de mil tres-
cientos sesenta y nueve sucedió en
Castilla aquel suceso trágico y nunca
en ella otra vez visto: que fue el es-
cudaloso atrevimiento con que Don
Enrique, conde de Trastámara, legiti-
mo y vasallo del Rey Don Pedro (el
cruel o el justiciero), siendo su herma-
no, su señor y Rey, le dio de puñaladas,
entendole situado en Montiel y adun-
dose con la corona de Castilla.—Atroci-
dad que procuraron los historiadores
disminuir a costa de su fama, levan-
tándole al desdichado Príncipe muchas
crueldades, que tuvieron fuerza de ver-
dad mas por la lengua y el poder del
vicioso que porque fueron tantas co-
mo se le imputaron.»

De propósito subrayo esas ingeridas
palabras con que el cronista de su Or-
den pronuncia su juicio, indignado con-
tra el fratricidio de Montiel y su ver-
dado de culpabilidad para Don Enri-
que y para sus cronistas, que juzgaron

a Don Pedro bajo la fuerza de la ison-
Ja y del poder del victorioso.
El fraile opinaba en su Cronica, des-
pués de 1630, lo mismo que el drama-
tico en su comedia de 1615.

Y esta firmeza inconmovible del cri-
terio de Telles respecto a Don Pedro,
frente a las variadas y aun contradic-
torias personificaciones de aquel Rey
que Lope llevo a su teatro, sera un ar-
gumento mas en pro de la atribucion
del celebre drama de Tirso.

Del derecho de nuestro poeta a tan
excelta creacion se tratara en el pream-
bulo a El Rey Don Pedro en Madrid.
Pero al volver a nuestra evocacion
de Amor y Cielos hacen discretos, ocu-
presame pensar si por las venas de
Fray Gabriel Telles corria — como
creo — la sangre de los Jirones, tan pre-
ciados de descender de Don Pedro.
¿No pudo ese atausmo tributar en su
predileccion por el mal jugado Rey?

Lo cierto es que, aun desairada
aquí esta última hipótesis, Amor y Cielos...
es, al par que una de las mas
bellas y clásicamente impecables (1),
una de las más superlativas comedias de
Tirso, según mididamente refleja el me-
mento hierro histórico y biográfico
en que salió de la mente de su autor.

Vislumbrese, a través de ella, la lucha
por el estreñido de Nápoles; el forre-
reo de Altaga con Lerma por captar
la regia voluntad; las confidencias de
Quevedo con Altaga y, sin dudar, con
Fray Gabriel; la complacencia y la pre-
mura con que este traaba su deliciosa
farsa, evidentemente, para entregarla
en determinada fecha a Pedro Valdes
y a la Jeronima, que ya sabemos que
la estrenaron para una fiesta, y que
cuquel mes de julio estrenaron, en To-
ledo, la maracilla de Don Gil de las
calzas verdes.

Que Tirso escribió de prisa esta obra,
nacida perfecta, el nos lo dice en sus
últimos versos:

Amor que tarda (1) maravillas,
dad ánimo a nuestro Tirso
para que después os sirva.

Hartenbusch comentó: «Fue, pues,
el Padre Telles su autor y la escribió

(1) Así la juzgó Hartenbusch en su *En-
men de Amor y Cielos* (hacerse discreto),
29. Dice abasea, pero Tirso escribiría «ba-
ceis», puesto que se dirige al Amor.

de prisa, a pesar de lo cual es esta
comedia la única entre las de Tirso
hay conocida que observa la regla clás-
tica de las tres unidades» (1).

Alonzuza Telles su cumbre en la
plenitud de la vida (treinta y tres
años), y dirase que, además del propio
frente, corre por esta comedia un
aura de fábulo y confiana propia, co-
mo de quien libre del confinamiento,
reconciliado con los Jirones, apagado
por Altaga, dueño de la amistad y de
las confidencias: confidencias del poe-
ta Quevedo, respaldada con ardidez
en su ambiente propio, en el de Ma-
drid, en el de las letras y de los lea-
tros, en el de los salones palaciegos.

Esa impresión me produjo, la come-
dia por sí misma, sugiriéndome la do-
ble hipótesis de haber sido, escrita apre-
suradamente, luego para ocasión deter-
minada, y en los días de la intimidad
de Tirso con Quevedo. Ambas presun-
ciones vino a confirmar la lectura de
la loa que para esta obra escribió el se-
ñor de Juan Abad, y de cierta nota re-
ferente a ella.

Astrana Martín, en su ya clásica
Edición Crítica de Quevedo (2), publi-
ca la loa, y con ella la siguiente: «Vos-
ta de González de Salas en el *Paraiso*.
Española este romance se escribió pa-
ra la loa de una comedia cuyo era el
título: Amor y Cielos hacen discretos,
que se representó en una fiesta (aquí
tenemos la ocasión que yo adelanté),
y — prosigue la nota — la fecha, una co-
mediana a quien llamaban la Roma, en
habito de hombre». — Astrana agrega:—
«Como ya hemos dicho, se trata de Je-
ronima de Burgos. Es decir, que Amor
y Cielos... se estrenó con solemnidad
epura una fiesta, y que la estrenaron
Valdes y la Jeronima, y esta fecha
la loa.

¿Será aventurado situar esta repre-
sentación después del 22 de mayo de
1615, en que fue Osuna elevado al es-
treñido de Nápoles, y antes del es-
treno por los mismos comediantes, de
Don Gil de las calzas verdes, en julio de
aquei año?

Logrado el triunfo del gran Jiron, en
su ascenso al estreñido de Nápoles,

(1) Cálculo razonado de las obras dramá-
ticas del maestro Tirso de Molina, Babilonia
de Autores Españoles, tomo V, págs. 38.
(2) Obras en verso, págs. 526-528.

era de la más viva y oportuna actuali-
dad el escribirle en el teatro, retin-
do de la loa de crueldad que so-
bre el arrojaban sus adversarios. Y esta
brillante jornada teatral es la que pa-
ree evocar Cervantes en el *Pensil*,
escribiendo agilmente los voca-
bios a propósito de los mendicantes
determinados por perjudiciales y alaba-
dos e indulgiados por agudos y discretos.
Sabemos por la nota de González de
Salas, que fue la buena moza de la Je-
ronima, la «Señora Gertrudis de Lope,
la que en habito de joven recio la loa
del señor de Juan Abad, y la que con
los versos de la loa declaraba a los
oñentes que ella iba a representar la
comedia, diciéndoles:

... que juzgéis lo que sentís
por vuestras caridades propias,
cientos al autor y po-
nos entendiendo e oyes.

Es decir, mientras el autor de la
comedian, que era Valdes, y la Jer-
onima ese entendían a coplazo, dabo-
gando con los versos de la comedia.

La loa de Quevedo es un romance
que así en el título como en el texto
nuestra haber sido imaginada expr-
sa y gustosamente para la comedia de
Tirso, puesto que se rotula: *Efectos*
del amor y los celos, y su texto trans-
pira cariñosa intimidad, parafraasando
el título y contradiciendo de burlas la
tesis de la comedia:

... la comedia que os hacemos,
deciamos la Jeronima, haciendo la voz
de toda su compañía:

... contra justicia se nombra:
Amores y celos hacen
discretos. Razón impropia,
Amor y celos no hacen,
que desahacen cuanto topan;
el vida con sus deseos;
ellos, con vengancia, Tirones...

Se ve, ese toco, que este romance
es prolongación de las últimas, sobre-
sistmas pláticas sostenidas por los dos
imortales en aquellas horas de efus-
vas confidencias.

Así, la loa de Quevedo ha venido a ser
comprobación de mis hipótesis acerca

(1) Obras en verso, págs. 526-528.

de la génesis de Amor y Cielos. Ha-
discretos.

Repito que no ayuno, induzco; p
si mis inducciones fueran arbitrarias
no se encuadrarían tan exactamente
tre sí y con las realidades circundantes.
El daboismo aristocrático de Tirso
aspira en estas comedias palaciegas,
las que el poeta se mueve, habla, y
como en su elemento nativo. Y ese
minio de las cumbres sociales no
aprende, se hereda. Por eso, las con-
días palaciegas de Telles desechan
de las de Lope y sobre las de Cal-
ron, porque la herencia fisiológica y
progresivo perfeccionamiento de las c
tas es ley física; así, lo que llama-
ría rasdo existe, y en Tirso se manifi-
taba, aunque el, ostentadamente, p
vestase contra las noblezas heredadas,
justamente porque le imputaron oñe
lar la suya, y erulase las adguiridas
con los dones del alma, porque con
las se creó el su señorio indierocach,
la inmortalidad.

Esta comedia, que, aunque truchas
la disputada segunda parte de las
su autor, más legítimada por sus ve-
sos finales, na firmada también con pe-
sonalmente rasgos de Tirso, que signi-
ficativamente otras obras del ciclo *Amor*
y Cielos, y contribuyen a identificarlas
mo hjas de un mismo padre y nacido
en los mismos días.

Así ocurre con la mención a Palabr
y Dianas, comedia producida en aque-
l periodo, que, como hemos visto, agra-
de citada en Los Amantes de Teru-
obra, esta tan infundadamente negar
a Telles como las otras siete que su tr
nica adberencia dejó expuestas.
En Amor y Cielos... acto II, esc
na IX, dice Corios:

... pero informan de pintura,
y estas se las lleva el viento,
y yo por plazer, en señal
de lo que en ellas os debo...

Esta cita demuestra, además, q
Amor y Cielos hacen discretos es post-
rior a Palabras y Dianas, y confir
el orden cronológico en que coloco la
obras de este ciclo.
Rasgo personal de Tirso, hasta se
autobiográfico, es el tema de las rhy-
ridades fraternales que Fray Gabriel

alta, siempre desde el Génesis (1); así, en la preciosa escena IV del acto II, la Duquesa, refiriéndose a las cartas que Don Pedro escribió para que el mariscal las dirigiera como sigas a Victoria, dice Don Pedro:

VI a Victoria: tan perdida
tan amante, tan pasada
de discreción alquifada,
a que es propia pensada,
que sus propósitos vanos
ni cenida desbaratá
mas que mucho, si hacía
la envidia de dos hermanos?

Ya he dicho otras veces que Tirso, que tanto usó y aun abusó muy de propósito del tema de las rivalidades entre hermanos, con alto sentido estético y fino tacto social, dio a tales discordanancias y expresiones en sus personajes verdaderamente trágico en su esencia. Muchas y sabidamente verificadas son las parvas de hermanas celosas que creó el Mercedario en Marta la piadosa, Amar por razón de Estado, Todo es dar en una cosa, la Lealtad contra la envidia y en esta co-media que evocamos.

Margarita, la Duquesa de Amalfi, protagonista de Amor y celos. Hacés duraderos, es una de las mujeres más hermosas y vivientes de Tirso. Alta dama del Renacimiento, intelectual y docta, señora de un Estado e inclinada al clausuro, protege maternamente a su hermana Victoria, dispuesta a nombrarla heredera de Amalfi.

Pero al ver a Victoria tan pretendida y asediada de egregios pretendientes, y del tanto príncipe empujón, y al recibir del duque de Capua la vehementemente suplicada de que interceda con ella por su amor:

Ponderada mil sapros,
exagerada mil te,
dece que el alma la adora,
que en ella mi amor se emplea,
y que Capua la desea
por su duquesa y señora.

(1) Así procede el tema en Tanto es lo de mí como lo de meros y El noveno estrenamiento. El Rey Don Pedro se Madrid y otras cosas.

el orgullo señorial y el amor propio de mujer despiertan en Margarita, que siente así:

Duquesa, ¿por qué
si yo a Victoria quisiera
mejos, ya pudiera ser
que como hermana y mujer
contida a su amor fuera
¡Hay tal instancia de amantes!

Aquí se ve el despertar de aquellos celos tan humanos en el corazón de Margarita.

Hartzenbusch, cuyo rígido criterio ético-social sólo remítase ante el genio apasullador de Tirso, depone la fealdad y pronuncia un juicio que es un apuro y por su autoridad merece transcribirse aquí: así en Margarita se desentranse aquí, así en Margarita se desentranse el amor cuando apetece el clausuro, ¡con qué seguridad no está basado el agente para poner aquel corazón en movimiento! Su dición nace de la sorpresa, de la envidia que siente al presenciar de que la hermosa de su suadida de que ha desarrollado a Carlos una hermana ha desarrollado a Carlos una hermana capaz de desarrollar a Carlos una hermana, hasta entonces encorcelado y oculto; milagros de esta especie colocaban todas las mujeres, aunque aspiran a santos. Cuando sabe que Don Pedro es el autor del billete dirigido a Victoria, ya esa Margarita de envidiar a su hermana, pero como ya está la pasión encendida, no puede menos de obrar: por eso varía entonces de objeto la emulación, se fija en la dama de Don Pedro, que le enamora asustado, y comparte con ella hasta que le surgen el amante. Este carácter está pintado con gran maestría (1). ¡Y tanta!

El tronar de las apidados con que Madrid y Sevilla saludarían esta comedia se oye a través de su lectura.

Solicita nuestra atención un influjo que actúa sobre la génesis de esta y de otras obras de Telles en el volúme original, rasgo común que las asocia estéticamente y cronológicamente y contribuye a legitimar una de las pletivas. Me refiero al influjo de Boccaccio y de otros novelistas italianos, singularmente el dominico lombardo Matteo Bandello, cuyos narraciones fueron crónicas de tir-

(1) Examen de amor y celos hacen discreto, loc. cit.

gumentos para obras maestras del teatro español y del inglés.

Me parece casual el hecho de que tres de las comedias que Tirso produjo en 1615 en Aragón, o al volver de allí, produjeron con ellas. Así, Palabras y plumas, obra originada, como El halcón de Boccaccio, de Lope, en una novela de Boccaccio (la novela de la quinta gloria); Los Amantes de Teruel, asunto que Telles recogió, y a mi parecer no de una novela de Boccaccio localizada en Aragón—como indica el maestro—sino directamente de la propia tradición aragonesa y del propio Teruel, lo cual no se opone a que la narración de Boccaccio, a quien Tirso tan bien conocía, pudiera actuar sobre él, no como fuente, pero sí como estímulo. Y, por último, Amor y celos hacen discretos, hallase también relacionada e influida, no solo por Italia y por el Renacimiento, sino por la novela italiana.

Complacidos Tirso en llevar a su teatro grandes dadas del Renacimiento, algunas coronas herólicas religiosas con la aureola de la virtud, del entendimiento y de la sabiduría; así, la duquesa de Calabria que aparece en La Ninfa del Cielo, como evocación de la egregia Antonia Menca de Mendoza, marquesa del Cerreto (1), que honro aquel título; así, la princesa de Saberno, de Palabras y plumas; la condesa Lucrecia, de La Ninfa; Arcandía, fascinada por el genio de Lope y sumida en la lectura de su obra académica.

Y así, esta duquesa de Amalfi, heroína de Amor y celos... que parece nacida del reflejo de Constanza Dairatos, protegida de Carlos V, y autora de algunas, que publicó Victoria Colonna, a la vida de Constanza Dairatos va de 1501 a 1570, según ha escrito mi insignificante don Luis Araújo Costa, de quien tengo estos datos. Pero Tirso, valiéndose una vez más de su licencia de Apolo, trasladó su duquesa al siglo XV y la bautizó con el nombre de Margarita, no sin hacerla también, si no princesa,

(1) Véase: Ateneo Academia de la Historia, discurso leído en el acto de su recepción por el excelentísimo señor don Miguel Lasso de la Vega y Lepón de Tejada, marqués del Saltillo... Prerambulo a La Ninfa del Cielo.

señora de un Estado, como se hace costumbre repetidamente en la comedia. Acto I, escena IV, dice la duquesa Don Pedro:

Que si en Amalfi os casara
y en mi Estado sucediera...

En el acto II, escena IV, la duquesa comunica a Don Carlos:

Mas ya sabes que he dilado,
por lo que a mi hermana quiero,
en ella lo sucederá
de mi casa.

Y en el acto III, escena III, lamenta Victoria:

¡Miren en qué el casto intento
paró! ¡El aborrecimiento
de la grandama, el reboto!
¡El pulcra que me hacia
de su Estado sucesora!

Y, según Araújo Costa, el título de esta de Amalfi ase convirtió en Duglari en una leyenda espezantante, la duquesa de Amalfi, de Webster, salió a luz en 1614.

Esta escabridante leyenda, aunque anterior a Amor y celos... no parece haber influido sobre ella. Y concuerda el sabio gallego: «Se trata de un cuento italiano, no del mejor, pero también escuché Lope en su Mayorazgo de la duquesa de Amalfi, publicado en el tomo XV y último de la primera edición de la Academia, ya sin prólogo y don Moreninos».

Pero Moreninos Pelajo menciona el mayorazgo de la duquesa de Amalfi como una de las comedias de Lope precedidas de Mateo Bandello: Origenes de la Novela, como II, Introducción, págs. 21, donde, refiriéndose a las comedias que Lope tomó de Bandello, dice en nota: «añadense la mayor victoria del mayorazgo de la duquesa de Amalfi. Los bandos de Sena, la quinta de Párentica. El deshen vengado. El pensamiento y alguna otras».

Comendaría aseriguar si la comedia de Lope procede de Bandello y, además, del cuento engendrador de la leyenda inglesa titulada La duquesa de Amalfi o solo de una de esas dos fuentes. Pero otra interrogación más importante salta al paso: ¿Influyó El mi

verdono de la duquesa de Analfi so-

sus últimas versos (1), que no tiene 69-

bre Amor y celos hacen discretos? El mayordomo... que se publicó en la parte octava de las comedias de Lope en 1618 (1), salió a los brazos en 1606, como ha documentado don Francisco de B. San Román: «El mayordomo de la duquesa de Analfi y la Infanta Leonida fueron representadas por Riquelme en las fiestas del Puente del Arzobispo en 1606, con intervención de Lope en el contrato, como en el caso anterior (doc. 212)» (2). La prioridad de la obra de Lope respecto a la que Tirso escribió, según cree, en 1615, es evidente.

¿Influyó la tragedia del Fenix sobre la comedia de Fray Gabriel?

Desosca de esclarecer esta duda, con-tráctome la circunstancia de que El mayordomo de la duquesa de Analfi se-ñala a las en el tomo XIV de la edición académica de Lope, ya sin prólogo del maestro, el cual, según el irrecusable testimonio de Bonilla San Martín, no dejó en apuntes para los prólogos posteriores de del tomo XIII (3). Bonilla dice: «Dejó impresos Menéndez Peláez los textos dramáticos de los tomos XIV y XV, pero no escribió los introducciones. Ferrás ha contraindugado sus trabajos en los tomos de sus Obras Completas, que habían de hacer por título Estudios sobre el Teatro de Lope de Vega». Falta de la reveladora crítica del maestro para esclarecer mis dudas, íntimamente aco-tajar. El mayordomo de la duquesa de Analfi con Amor y celos hacen discretos, y me fue grato comprobar la ab-soluta originalidad de la deliciosa come-dia de Tirso.

El mayordomo de la duquesa de Analfi es una tragedia, como declaran

(1) Véase Criticazo de la Exposición hisbá-nica de Lope de Vega, organizada por la Biblioteca Nacional Madrid, 1958, págs. 85 y 86.
(2) Lope de Vega, los cómicos toledanos y el poeta vespertino. Págs. 81 y 121 (doc. 212).
(3) Menéndez Menéndez Peláez (1866-1933), por Adolfo Bonilla y San Martín. Madrid, 1923, página 228. En carta de 6 de junio de 1912, me decía mi insigne amigo don Adolfo Bonilla y San Martín, discípulo, corresponsal y biógrafo de don Marcelesio: «Aprendizaba el maestro los to-mos XIV y XV de Lope, y creo que había com-prendido las puestas de los textos que iban en el primero, pero no tengo noticia de que ha-biera escrito una sola línea de los prólogos»

nerion ni semejante alguna con Amor y celos... solo coincide con esta come-dia en tener por protagonista a una duquesa de Analfi que en nada se parece a la de Tirso; la cual lleva el nombre de «Cantila», sin duda en homenaje a «Cantila Lucinda», hija de Le-luján, objeto de los disparatados amores de Lope en los días en que trad-esa figura femenina.

Constituyen el argumento de esta tri-gueda los amores clandestinos de Cami-la de Aragón (2), duquesa de Analfi, con su mayordomo, Antonio de Balona, hidalgo napolitano, de familia humilde, con quien la duquesa, que había enen-trado muy joven, quedándose de su ma-trimonio un hijo, heredero del ducado, se casa secretamente, y del cual, lema dos hijos, que se crían oculta y en el campo. Y en ocasión en que la duque-sa revela su matrimonio, con bene-placito de su hijo mayor y heredero, el duque de Analfi, hijo de Aragón, el hermano de la duquesa (hembra por-sonificada de los hermanos honrado-res y vindictivos del antiguo teatro), emprendese el irracional y escrutinada su-estirpe por ser tan desigual, haza un loco al mayordomo y lo mata, así como a sus dos hijos, y para acabar con la familia, da un veneno a su her-mano, que levara en sus entrañas otro hijo.

Al final de la tragedia dice, ya esca-lojrante acortador: «Avanse dos puer-tas y véase una mesa con tres platos, en el de en medio, la cabeza de Anto-nio, y a los lados, las de los niños».

El huracán de muerte que acaba con los personajes de La Celestina, la In-ventación de las Historias trágicas de Mateo Bando, y otros trágicos, in-finitos, sin duda, en los trágicos, y arrastrados finales de muchas obras de Lope, como Fuenteovejuna, Peñabaz, el terrible Casio, sin venganza y, se-ñalé todo, Les Comendadores de Cor-do-

(1) Tirso.
(2) Aquí cito de la obra de Lope, El mayordomo, que como pasó en Italia, hoy la han visto vestirse otros.

(3) Así debe de apellidarse, por ser herma-na de Julio de Aragón, esta duquesa de Analfi, que, como Constanza Dávalos, era española.

ba, donde el exterminador venturoso se adaba ante Fernando el Católico de haber matado a los dos Comendadores, a su propia mujer, Doña Beatriz, a su sobrina Doña Ana,

... dos cuerdas, cuatro docenas, pates, escuderos, mozas, haceros, negros y negras, los perros, gatos y monjes, y hasta el papasero, que era también traidor, pues hablaba y no me dijo ni alreves.

Tal ensañamiento, hasta con el in-consciente loro, de puro trágico da en ómico.

Creíase que sobre El mayordomo de la duquesa de Analfi influyó la espe-herante leyenda inglesa La duquesa de Analfi, de Webster, citada por el in-signe Arzobispo Costa, si El mayordomo no hubiera sido representado en 1606 y la leyenda publicada en 1614.

Dije antes que no parece actual el he-cho de que tres de las comedias que Tirso produjo en Aragón, o al volver de aquel exilio, procedan de novelas ita-lianas o coincidan con ellas. Y acaso otra más—sea de las cuatro que conocemos de Telles—sea de igual origen: Quie-da luego, da dos veces, procedida de la misma fuente que La señora Cornelia, de Cervantes, quien imaginada por en-tonces, aunque refundida o terminada mucho más tarde (1).

Es indudable que en 1613 las Nove-las de Cervantes, por causas que he dejado entrever (2) y por otras acaso no extrínsecas, atrajeron la hostilidad del bando de Lope, tanto, que fueron las Novelas, y no la primera parte de El Ingenioso Hidalgo, impresa ocho años antes, las que arrastraron a las huertas del Fenix, en 1614, la traduce-da y fallida del Fenix, en 1614, la traduce-da y falsa Quilote.

(1) Las cuatro comedias de Telles desin-das de novelas italianas, o muy influidas por ellas, son: Falcón y puma, amor y celos hacen discretos, quien da luego, da dos veces, y el honroso arremetido, procedido de la misma fuente de Banchello, que dramatizó Lo-pe en El plebano vespertino, pero no mera re-impresión de este drama, como indicó el maes-tro, sino obra personal de Tirso.
(2) Véanse los preámbulos a No te arrojando la garra y a La elección por la virtud.

las del primero que las escribió en Es-paña (1) no fue pasajera. Recuérdese que, refiriéndose a Mateo Bando, dice Menéndez Peláez: «Lope de Vega ha-cía profesión de admirarle, y en el pró-logo a su novela Las fortunas de Diana parece que quiso contraponerle indico-samente a Cervantes: «También hay li-bros de novelas, de las traducidas de italianos, y de las propias, en que no falta gracia y estilo a Miguel de Cer-vantes». Ellogio que hoy nos suena a sarcasmo y que, en realidad, era un suave modo de quitar importancia a las Novelas de quien las creó entre nos-otros. Y prosigue: «Completo que son libros de grande entretenimiento y que podían ser ejemplares, como algunas de las historias trágicas de Bando».

Decir que epodían ser ejemplares» cuando acababa de citar las novelas que Cervantes intituló ejemplares, era lo mismo que afirmar que no lo eran, y prosigue acortando sus trónicas nega-ciones: «Pero habían de escribirlos hombres científicos, o, por lo menos, grandes científicos, gente que habla en los asensados notables sentencias y gloriosos...» «Palabras—dice el maes-tro—cuya injusticia y mala fe es notoria, puesto que Cervantes, aunque no fuese hombre científico ni gran corte-sano, está a cien cordos sobre Bando y a muy razonable altura sobre todos los novelistas del mundo.» (2).

La hostilidad de Lope a las Novelas Ejemplares no puede ser más evidente. Y Abelaneda, en el prólogo al falso Quilote, después de notar de «agresivo» el prólogo a la primera parte del Qui-jote legítimo, que, en efecto, es todo el conocidísimo sátira a Lope, califico las Novelas de Cervantes de «emas satíricas que ejemplares».

Y como en estas Novelas la sátira no aparece en la superficie, claro es que va oculta en la prosa, donde, go la en-combré en El Licenciado Vidriera, en el Coloquio de los perros, y en La Gitanija, otras maestras de la más acertada ironía en que el satirizado es Tirso.

(1) Como había de perdonar este las buñicas a sus comedias y menos los san-tos.
(2) Así lo declaró Cervantes, con justa es-timación propia, en el prólogo a sus Novelas Ejemplares.
(3) Orígenes de la novela, tomo II, págs. 31.

grientos sarcasmos que, puestos en comparación de Tormo, Rodaric, Iban a herida de Italia y a dramatisar con mayor frecuencia sus intenciones.

De esta racha italiana procedieron, así, si las Novelas Ejemplares subieron al mundo del Fénix, hiriendo a las dos timoridas campesinas, Lope y Tirso, ya con harta justicia indignados contra las impudables agresiones de Cervantes al teatro que ellos crearon, no ha de sorprendernos que los ofendidos, en son de protesta, detrasen a esta...

AMOR Y CELOS HACEN DISCRETOS

PERSONAJES

Masanesre, duquesa de Amalú.
Victoria, su hermana.
Don Pedro de Castilla.
Carlos, gran mariscal.

La escena es en Amalú. La acción se supone a principios del siglo XV.

ACTO PRIMERO

ESCENA PRIMERA

Sala del palacio de la Duquesa.

Victoria y Don Pedro.

DON PEDRO.
Ama el Conde en competencia de Próspero y de Rugero, Duque de Capua, el primero y el segundo de Placentia; y aunque en Nápoles es Carlos gran Mariscal, como amor es cuerno hijo del temor, vienes al Rey petrocinarlo, intercediendo por ellos con vuestra hermana, frecuenta papeles, por cuya cuenta corre su esperanza en vellos. Lo que os ama manifiesta el que os duda merced; uno vuestro llevé ayer.

vuele ya su amor gigante, sin que temor le consume.

VICTORIA.

Es descompeño la pluma de la lengua en el amante. Hace poca estimación de su prenda quien presente se atreve a ser flocuente y no muestra turbación; pues en fe de cuán poco ama, si es todo amor frenesí, quien puede estar tanto en sí, mal podrá estar en su dama. Mas quien por palabra muda habla en ojos bacheleros y calla la lengua ruda. La ausencia puede mostrar por escrito si es discreto, pues no habiéndola, en efecto, no está el alma en su lugar.

DON PEDRO.

Vuestra discreción alabe quien lengua lengua posible, pues discreta y apacible, junta lo fiero a lo grave. Si el Conde os envía dos rrañana, ¿vecellosos? (1).

VICTORIA.

Si como él los escriba así y como los traigáis vos. (Vase Don Pedro.)

ESCENA II

La Duquesa y Próspero, en el fondo, Victoria, a un lado, dependa un papel.

PRÓSPERO.

Faltos están de favor mis ciertos merecimientos, y aliena mis pensamientos Ferrnardo, el Rey, mi señor, que esta escribe a Vuescencia, y en ella sola continúa mi precesión.

DUQUESA.

Dicha es mi que para tal complacencia me haya dado el Cielo hermana.

(1) En la Ed. Copareto dice: «¿vecellosos?»; en su dase es errata de la Impresión.

de tanto príncipe empleo. Si ella admite mi deseo y conoce lo que gana, señor Duque, en estimaros, sin la recomendación que trae vuestra pretensión tendra ventura en amaros, reconociéndoos por dueño, sin que Ferrnardo lo mande; que él es protector muy grande para empleo tan pequeño. Yo, Duque, ja advertiré de lo que gana en servirlos.

PRÓSPERO.

Ponderada mis suspiros, exagerada mi fe, decid que el alma, la adora, que en ella mi amor se emplea, y que Capua, ja desea por su Duquesa, y señora.

(Vase.)

ESCENA III

La Duquesa y Victoria.

DUQUESA. (Aparte.)

Si yo a Victoria quisiera menos, ya pudiera ser que como hermana y mujer enviada a su amor tuviera. ¡Hay tal instancia de amantes!

VICTORIA. (Aparte.)

¡Qué buena ponderación! ¡Qué sazonado renegon!

ESCENA IV

Rugero, la Duquesa y Victoria.

RUGERO.

Aunque haya llegado antes, Duquesa y señora mi, Próspero recomendado del Rey, de quien es privado, no por eso desconfía ni pretensión, si es que alcanza, como es justo, a Vuescencia, que ja cordura y prudencia consisten en la tardanza. En Gran Duque de Milán ha tomado por su cuenta mi amor, y ampararle intenta. ¿Quién duda que suplirán

SUS FAVORES lo que en mi falta en méritos? En estas mis deseos manifiesta.

¿Quién dudará que venció? / *(Le da una carta.)*

Duquesa.

No yo de la cordura de mi hermana, que sabrá conocer cuán bien le está el no perder tal ventura. Yo, Duque, le advertiré lo que se me encarga aquí.

BRUNO.

Intervened vos por mí, como ofrecéis, y saldré del mar de tanto desvelo al puerto de mi quietud.

Duquesa.

Veréis mi solicitud muy presto. Guardaos el Cielo. / *(Vase Bruno.)*

ESCENA V

La Duquesa y Victoria.

Duquesa. *(Aparte.)*

Basta, que no hay potentado en Italia que no intente, de mi hermana pretendiente, juntar al nuestro su Estado. No sé si afirmo que tengo envidia.

Victoria. *(Aparte.)*

Extraña eficacia tiene un papel si con gracia se escribe; yo me entretengo en el presente de suerte, que a su dueño amo por él.

Duquesa.

Victoria.

Deste papel partícipe quiero hacerle, hermana y señora mía, porque alabos la sazón de su autor.

Duquesa.

En ocasión que, por amor o porfia, todos perdidos por ti.

busean reyes valedores, cupas cartas y favores, vienen a parar en mí; si con tanta inclinación y han cerrado ya la puerta a tu determinación sus letras, no será justo alarde destas hazer; porque ¿quién se ha de oponer contra cohechos del gusto?

Victoria.

El mio, como se rige por el tuyo, a quien ha estado alaba, pero no elige; que no fuera eso pagar amor que obligarte puede a que yo tu Estado heredé. No bagas de lo dicho caso, que si por esto te enojas, mi inclinación y estas hojas así se castigar.

(Va a romper la carta.)

Duquesa.

(Va a romper la carta.)

que no lo digo por tanto, ni como piensas me quejo; que cuando a Analfi te dejó y doy a este reino espanto, no ha de ser con tal pensión que por voluntad ajena te desposes, si es que ordena otra cosa tu opinión. ¿Cuyo es el papel que miras?

Victoria.

De cierto Conde que ha estado hasta hoy descreditado por envidiosas mentiras.

Duquesa.

No ha menester quien le apoye si en tí juntamente ha hallado, Vaya de discreción.

Victoria.

Oye.

«Compien, señora mía, la esperanza y el temor, y entre ellas, un ciego amor conñado, desconfía. Polos de su monarquía son el uno y otro extremo.»

Y yo, que esperando temo efectos de desvarios, amorosos calorios, auro, pues me hiezo y quemó. La esperanza que por dueño os adora, en rostro grave resumbres ve de suave. Amor con mayor empeño, ni cobarde ni abrevido, dinda de verse admitido, espera verse premiado, recela lo autorizado y emprende lo apercebido.»

Duquesa.

¿Esto es lo tan ponderado, sutil y bien entendido?

Victoria.

¿Luego no te ha parecido discreto y bien sazonado?

Duquesa.

No, por cierto; mas aliana los comunes pensamientos, de tus encarnizamientos (1), harlo indignos.

Victoria.

¡Ay hermana! No digas tal por tu vida, que tras crítico el humor.

Duquesa.

Poco debe al borrador pluma tan bien embendida. Lo que no se dice, ninguna estima merece. ¡Bajo estilo!

Victoria.

Bien parece que tienes el alma culta. ¿Quisieras tú que empezara como otro que me escribió; el Cielo hiperbolizo amagos de su luz clara en vuestros, de mi amor, ojos, animado soy el uno, norte el otro a quien Neptuno zafireos rindió despojos? Rasguño en leguado aquí, viendo tan desatinados atributos estudiados.

(1) Encarnizamientos dice en la Ed. Hartmann; pero debe de ser errata por vengenciamientos.

Y, ahurada, le respondi: «La metáfora que arroja causa a mis ojos querella, pues si ubo es sol, otro estrella, yo, señor, seré biscaja.» ¿Que querrás decir en eso? ¿No está culto este papel?

Duquesa.

Albatale al arancel del estilo que profeso, y que no sale veras de lo común y trillado del vulgo desatinado.

Victoria.

Mal contentadiza estás. ¿Es porque no ves, hermana, sustantivos y adjetivos, ni de atributos equívocos echa a perder una planar? ¿Porque no metaforiza propiedades indigestas con un Tito Livio a cuestras, que en romance jatiniza? ¿Porque al gallo no promete el diñman de escarriata, y en la perdis no retraba coburnos de tafete? Anda, hermana, por tu vida, que en dando en desencajar vocales de su lugar, parecerán carne huida.

Duquesa.

Pongamos en esto bregua y hombra ese discreto, que, en lo escrito, te prometo que parece de la legua.

Victoria.

Mientras del hablaros mal, decirte quien es no es bien.

Duquesa.

Acaba.

Victoria.

Es el Conde...

Duquesa.

¿Quién

Victoria.

Carlos, el Gran Mariscal de Nápoles.

Duquesa.

Anda, hermana, ¿Carlos había de saber escribir esto?

VICTORIA.

El querer
dificultades alana.

DUGUESA.

Carlos, contra la opinión
de cuantos habian con él,
¡han avisado papel!

VICTORIA.

Suple a la conversación
con la pluma, y cultivando
conceptos, por espaciados (1)
discretos cuanto estadísticos,
su fama va restaurando,
no discreto de repente,
sino agudo por escrito;
que dicen que va inhuido
del hablador al prudente.
Y aunque más contra él presumas
que miras faltas y menguas,
si la fama es toda lenguas,
también ruela y todo es plumas,
en prueba de que se ignala
el hablar al escribir.

DUGUESA.

Pudérame persuadir
a que en esto se señala,
a haber dado alguna muestra
o vislumbre de avisado,
tantas veces conversado.
¿Qué luz sus rayos no muestra
tal vez por entre junturas
de la prisión que la encierra?
¿Que disfraz sutil de tierra
retiradas hermosuras,
sin revelar el secreto
de su rústica prisión?
¿O cuándo, en conversación,
no dio señal un discreto?
Estálo ese papel mucho.
No ha sido Carlos su autor.

VICTORIA.

Presto has mudado de humor.
Ya riguresa te escuchó
condenar su estilo bajo,
su humilde modo de hablar,
y ya te obliga a dudar
si es de Carlos.

DUGUESA.

Le aventajo;
asombrada, te prometo,

(1) ¿Espaciados?

después que admiras ser él
el que escribió este papel,
porque en unos es discreto,
lo que en otros no es de estima. ¡Un
Un mecánico oficial,
contesando natural,
hizo comedias, que anima
bajezas tal vez Apolo;

no eran las comedias buenas,
pues de disparates llenas,
a otros las silbarán; solo
ver que un herrador cease,
desde los pies del Pegaso,
coronarse en el Parnaso,
y que a sus musas clavase,
causar pudo admiración;
que aunque, leído e impohtuno,
lo que es vituperio en uno,
en otro es estimación.
Hameña Carlos causado,
que no lo creyera del,
pero dejame el papel
que consigo le ha abonado:
reparale entre tanto,
que a ti admiración te dan,
esta que es del de Milan,
y estotra del Rey: pues tanto

(Le da las cartas.)
potenciado te apetece.

que ya me causa escucharlos.
Mas responderé (pues Carlos
es sólo quien te merece)
que en su gusto comprometo
el mío; aunque has elegido
en carta llano un marido
sólo para ti discreto.

VICTORIA.

¿Yo, sin tu consentimiento,
elegir? Aqueso, no;
proponer, sí.

DUGUESA.

Quiero yo,
dándole espeso a contento
exponer las madiciones,
gajes que quien casa tira.
Esos dos papeles mife,
y responde a sus razones;
mientras yo estrotras pondro.

VICTORIA.

Si grita atención las das,
en cada una hallarás
disculpas de que le quiero.

(Vase.)

ESCENA VI

Le Duguesa, sola.

Teniale a Carlos yo
por rico, por generoso,
por galán y por curioso;
pero por discreto, no.

Mas en el papel presente
pueba que a satisfacción
de su fallida opinión,
bien escribe quien bien siente.
La llanera del decir
el alma de sus deseos,
sin los intrusos rodeos
que agora usan escribir,
de suerte me aflicción,
que si se le desdore,
sospicho que envidia fue,
que satisficente, no.

¡Que tan acertado escriba
quien jamás halló razón
cierta en la conversación,
adonde el crédito estaba!
La experiencia le ha enseñado,
ella es gracia diferente;
no hay poeta de repente
que escriba bien de pensado.
No hubiera más que pedir
si Carlos pudiera hablar
barradores para hablar
como los hay de escribir.

ESCENA VII

Don Romero y la Duguesa.

Romero. (Sin ver a la Duguesa.)
No hay poder darle un alcance.
Una hora ha que le perdi.

DUGUESA.

¡Hola! ¿Qué buscis aquí?

Romero.

(No me descortenta el lance.)
Yo, señora, ando perdido,
después que me salió de España,
por otro que lo está más,
a quien a oriente y a ocaso
le acompaño paso a paso,
en delante o ya detrás.
Entró a dar cierto papel,
esperé en el zaguan,
las dos los relojes dan
sin dar mi dicha con él.
Dejo boca abajo un potro.

y sin poderlos tapar
venimás los dos a andar
como un vitrote tras otro.

DUGUESA.

Y era el papel ¿para quién?

Romero.

Hay en Arnalá una dama,
por cuyo amor anda en brama
todo hombre que quiere bien,
(Habio a fuer de cazador.)
Mira con rostro risueño
la tal dama a nuestro dueño,
y espera deste favor
ganarle la palmatoria,
porque afirma la doncella
que, en casándose con ella,
le han de hacer de la Victoria.

DUGUESA.

¿Victoria es la pretendida?
Sera el papel, según eso,
del Gran Mariscal.

Romero.

es lo que del es querida.

DUGUESA.

¿Y vos le seréis?

Romero.

Me ha dado
cargo reduplicativo.
Soy, desde que con él vivo,
criado de su criado.

DUGUESA.

No tenéis vos mal humor.

Romero.

Tengo una fuente, y así,
se va el malo por allí.

DUGUESA.

¿Y quién es vuestro señor?

Romero.

Un Don Pedro de Castilla:
en la patria, burgales;
en la còlera, francés.
Y en las gracias, manruvilla
de todos sus concurrentes.
Con él a veces desamdro,
puesto que del Rey Don Pedro
preceden sus ascendientes;
mas ¿qué importa sangre real,
si pobreza y travesturas

de juegos y de hermosuras
le humillan al Mariscal?

Duquesa.
Será el Don Pedro discreto,
pues le hizo su secretario.

ROMERO.
Mas sabe que un bohicario;
y es de suerte, le prometo
a vuessa... ¿Cómo se llama:
Excelencia o Vuectoria?

Duquesa.
¿Importa al caso?

ROMERO.
Querría
saber con quién hablo.

Duquesa.
Dama

ROMERO.

Bien.
Es mi dueño tan discreto,
que la llava un secreto
si fuera dama de bien.

Duquesa. (Aparte.)
Deste bachiller despaato
me informaré, que estos dias
son lasa-bellaquerias
verdiguados de palacio.

ROMERO.
Mas venga acá: ¿es de callar
cierta especie de traición
que obliga a restitución,
sin poderse remediar
después de hecho el daño?

Duquesa.
Fuera
haceros culpado a vos.

ROMERO.
Hablemos, ¡cuerpo de Dios!,
y salga la manita fuera.
Si un novio engañar quisiera,
fingíendose caudaloso,
galán, sabio y generoso,
a una novia, y esto fuera
todo al contrario, y llegase
con las galas de alquiler
a la inocente mujer,
y en te desto la adorase;

y admitidas norabuenas,
para ser enhoramalas,
restituendo las galas
estacionarias y ajenas,
cayéndosele en el suelo
un ojo, húsped de plata,
advirtiése que desta
el dicho sobre un pafueto
dos proceosiones de dientes
(digo dientes titulares),
que presos como alamares
sustituyen los ausentes:
al desnudar pantorrillas
las hallase de alceodón,
y el pelo con el jibón
supiese igualar costillas
y estereociones del pecho,
descubriendo el tal Macías
un alma entre dos barbas,
ya tortuga, antes derecho,
¿no era forroso que a engaño
la tal dama se llamase,
y que afligida llorase
tan mal prevenido daga?

¿Con qué amor diera los brazos
la pobreta, toda queja,
a ese marido corneja
de magullas y retazos?
¿Qué dice?

Duquesa.
La explicación
espero, que me habéis dado
notable gusto. ¡Salado
domaire!

ROMERO.
Soy un jamón:
mas si tiempos desta historia
le agradan, oiga aplicarlos.
Prende importuno Carlos
a la señora Victoria.
Mas dígame: ¿en qué opinión
hasta agora le han tenido?

Duquesa.
De algo material.

ROMERO.
Ha sido
su antipoda Salomón.

Pues advierta que su dama,
después acá, que recibe
los papeles que le escribe,
Paulo Manuco le llama, no advierte
y es grande bellaguería.
que intente aliviar sus penas
Carlos con gracias ajenas.

Duquesa.
¿Cómo?

ROMERO.
¿Pues no es bobería
que escribiéndola por él,
mi dueño (ya de secreto)
se levante por discreto
y le autorice un papele?

¿No es terrible mentecato
el que a un poeta se llega,
y que le pinte le ruega
en un soneto el retrato
de su dama, si ella sabe
que en su vida versos hizo?

¿Cómo quieres que te alabe
y estime tu prenda así?
El soneto, pecador,
más es solichador
del poeta que de ti:
pues siendo tú su tercero,
claro está que ha de querer
más al que lo sabe hacer
que al bobo del mensajero.
En llegando aquí, señora,
me desculpo.

Duquesa.
¿Hay cosa igual!
¿Que no son del Mariscal
los papeles?

ROMERO.

¿Eso ignora?
Son tuyos porque los paga,
como el paño al mercader.

Duquesa.
(Bien fácil es de creer.
Mi hermana se satisaga,
que yo ya lo estoy. No en vano
lo dichuchaba yo.)
¿Que, en fin, se los escribió
vuestro dueño?

ROMERO.

Es escribano,
poeta, pintor, platero,
y hasta albardas sabe hacer:
sólo no alcanza a saber
tener dicha ni dinero.
Mas este es que viene aquí,
Señora mía, chitón,
que pelagra la ración
si sabe que me escurrí.

ESCENA VIII

DON PEDRO, LA DUQUESA Y ROMERO.

DON PEDRO.
¡Ah Romero! ¡Ah Romerillo!
Quita, aparta, necio. ¿Sabes
con quien hablas?

ROMERO.
Cosas graves
tratamos: si has de renillo
todo aquí, no seas profligo,
que siempre estás de pendencia.

DON PEDRO.
No haga caso Vuveciencia...

ROMERO. (Aparte.)
¡Mal año! Excelencia dijo.

DON PEDRO.
...deste necio, que es un loco.

ROMERO.
Ha de andar proporcionado
el señor con el criado.
Cada cual tiene su poco
de barreno.

Duquesa. (A DON PEDRO.)
¿Servís vos
al Gran Mariscal?

DON PEDRO.
Deseo
saber servirle.

ROMERO.
En rodeo.
Con él estamos los dias,
como dije a Vuveciencia
después que nos recibió:
él, inmediato; mas yo,
a segunda consecuencia.
¿Qué miras? Ya me voy.

DON PEDRO. (Enojado.)
¡Ea!

ROMERO.
Todo lo sufre el graciajo.
Baja presto: y pues te dejó
en buen punto, brujulea.

(Vase.)

ESCENA IX

La Duquesa y Don Pedro.

Duquesa. ¿Qué cargo ocupáis con él?

Don Pedro. Soy su secretario.

Duquesa.

¡Ah, sí!

¿Vos sois...? No ha mucho que el de Carlos cierto papel, que, aunque en estilo algo llano, de bachiller presuma.

Don Pedro.

Esas de nadie los fia: suya es la nota y la mano; que el cargo que yo ejercito nunca tanto mereció.

Duquesa.

¿Pues acaso os digo yo que sois vos el que lo ha escrito?

Don Pedro.

Juzgo que lo suponéis de lo que ahora inferís.

Duquesa.

No sois vos quien lo escribís; pero sois quien lo tiráis.

Don Pedro.

Quien sirve, señora mía, a todo se ha de aplicar.

Duquesa.

España suele mandar a Nápoles, y sería culpa en vos el deslucir créditos de su valor.

mejor que para servir con traza para señor.

Hombre que es tan bien nacido, mal su nobleza empleó.

Don Pedro.

¿Pues quién de mí cuenta os dió?

Duquesa.

¿Quien os habrá conocido, y aunque os vende por discreto, ávido teneros por tal, criado del Mariscal y del Rey Don Pedro nleco.

Don Pedro.

Hereda con sus desgracias su envidia y persecución, que en el desdichado son deslumbradas las gracias. Mas desiselas al que os dijo lo que ya no sé negar. puesto que pensé engañar al hado, siempre prolijo, encubierto desta suerte, y deslumbrar poderosos que me buscan, desesosos de su venganza y mi muerte.

Duquesa.

¿Dónde hay venganza, hay agravio, ¡No fuérais vos travesío!

Don Pedro.

¿Yo?

Vos.

Don Pedro.

Que lo fui confieso; mas con amor, ¿quién es sabio?

Duquesa.

¿Que amante y todo habéis sido?

Don Pedro.

Pues yo ¿soy de bronce?

Duquesa.

No; mas ¿tengo obligación yo de saber que habéis querido?

Don Pedro.

¿Luego ya no la queréis?

Duquesa.

¿Luego ya no la queréis?

Don Pedro.

Adórola, aunque me veis desacreditar mi fama, sirviendo, por su ocasión, de mi patria desterrado.

Duquesa.

¡Ausente y enamorado!

Don Pedro.

Tiene muchas su belleza, arrojado que acorterman mi memoria.

Duquesa.

¿Queréis contarle la historia que abona vuestra firmeza?

Don Pedro.

¿Yo, señora? ¿Pues tan necio habia de ser y atrevido, que una vez que habéis querido hacer de mí dicha aprecio, dárdome apacible audiencia, habla de pretender alarde enfadoso hacer de mí amor a Vuocolencia?

Duquesa.

Como me lo habéis propuesto, creílo.

Don Pedro.

No soy tan loco; pero hablando poco a poco nos hemos metido en esto. Dejémoslo, si os parece.

Duquesa.

Por mí, dado por dejado. En fin; de Carlos criado, ¿os manda y os obedece?

Don Pedro.

¿Me obedece a mí?

Duquesa.

¿Pues no? ¿Quién señor de sus afectos os hizo y en sus secretos el mejor lugar os dió, más está a vuestro servicio que al suyo vos, secretario.

Don Pedro.

¿Pues no? ¿Quién señor de sus afectos os hizo y en sus secretos el mejor lugar os dió, más está a vuestro servicio que al suyo vos, secretario.

Duquesa.

¿Pues no? ¿Quién señor de sus afectos os hizo y en sus secretos el mejor lugar os dió, más está a vuestro servicio que al suyo vos, secretario.

Don Pedro.

¿Pues no? ¿Quién señor de sus afectos os hizo y en sus secretos el mejor lugar os dió, más está a vuestro servicio que al suyo vos, secretario.

Duquesa.

¿Pues no? ¿Quién señor de sus afectos os hizo y en sus secretos el mejor lugar os dió, más está a vuestro servicio que al suyo vos, secretario.

Don Pedro.

¿Pues no? ¿Quién señor de sus afectos os hizo y en sus secretos el mejor lugar os dió, más está a vuestro servicio que al suyo vos, secretario.

Duquesa.

¿Pues no? ¿Quién señor de sus afectos os hizo y en sus secretos el mejor lugar os dió, más está a vuestro servicio que al suyo vos, secretario.

Don Pedro.

¿Pues no? ¿Quién señor de sus afectos os hizo y en sus secretos el mejor lugar os dió, más está a vuestro servicio que al suyo vos, secretario.

Duquesa.

¿Pues no? ¿Quién señor de sus afectos os hizo y en sus secretos el mejor lugar os dió, más está a vuestro servicio que al suyo vos, secretario.

Duquesa.

Los amantes tendéis ingenios divinos; mas aunque volvéis por él, yo sé que escrito el papel con ayuda de vechinos.

Don Pedro.

Puede ser, pues vos, señora, lo afirmáis; mas yo no creo que declare su deseo quien de veras se enamora por mano ajena, ni Carlos ignorará el escribirlo, que es necesario sentirlas para saber explicarlas. A su letra me remito, que es suya, y él la escribió.

Duquesa.

¿Pues acaso os digo yo que sois vos el que le ha escrito?

Don Pedro.

No lo decís; mas, por Dios, que me mas lo afirmáis ansí.

Duquesa.

¿Mas? ¿Pues importante a mí que Carlos la escriba, o vos?

Don Pedro.

¿Qué sé yo!

Duquesa.

¿Qué buenos ratos la ausente dama tendría con los vuestros cada día!

Don Pedro.

Dabáseles tan baratos y frecuentes mi ignorancia, que en fin los desestimo.

Duquesa.

Siempre los precios bajó de más valor la abundancia. Pues ¡qué!, ¿mudóse?

Don Pedro.

No está nunca en mar la nave firme.

Duquesa.

Vos os morís por decirme esa historia. Acabad ya.

Don Pedro.

¿Yo, señora?

Duquesa. Vos que amantes y poetas se atormentan a veros, porque se cuentan sus desvelos por instantes.

DON PEDRO. Pues yo no intento...

Duquesa. Acabad. Decidme quien sois también.

DON PEDRO. Imporata enuchirime.

Duquesa.

Bien. Aquí lo estáis: comenzad.

DON PEDRO. Por daros gusto...

Duquesa.

Los dos le tendremos: en saber yo, que soy al fin mujer, y por contarme, vos.

DON PEDRO. En Burgos, que es patria mía...

Duquesa. Ya lo sé.

DON PEDRO. ¿Vos lo sabéis?

Duquesa. Ya lo sé; pues ¿qué queráis?

DON PEDRO. ¿Quién es lo dijo?

Duquesa. Sería quien os conoce. Decid.

DON PEDRO. ¿Vos tan curiosa en saber mis cosas?

Duquesa. Si soy mujer, ¿qué os admira? Proseguid.

DON PEDRO. ¿Qué es aquesto? En Burgos, pues, corte entonces de Castilla.

gozaba Enrique la silla, el Tercero, de quien es hijo Don Juan, el Segundo, que agora empieza a reinar, cuando me engollé en el mar por de amor, inmenso y profundo.

Duquesa. ¡Válgame Dios! Y sería nuestro amor considerable, pues como caso notable le señalais año y día.

DON PEDRO. Tienen principio de aquí mis desdichas, no os espante.

Duquesa. Vaya el suceso adelante.

DON PEDRO. En resolución: serví una dama...

Duquesa.

¿Gran belleza? Ráditos le paga el sol.

Duquesa. No sois cortes, español, ni luce en vos la nobleza.

DON PEDRO. Pues ¿enojáis, señora?

Duquesa. Quien delante de una dama, sin hacerle salva, llama a otra hermosa, o ignora las leyes de cortesanía, o de agraviarla se precia.

DON PEDRO. Mi inadvertencia fue necia.

Duquesa. No me espanto, que es en vano pretender que... Todo está, quien refiere enamorado sus naufragios, elevado en su dama; claro está. Yo os perdono; proseguid.

DON PEDRO. ¿Qué mujer es esta, celosa?

Duquesa. Vaya de amor y de celos.

DON PEDRO.

Vino de Valladolid a la corte un caballero, del Rey tan favorecido, que por él desvanecido, aunque mi amigo, primero (y tanto, que, en confianza de sus prendas y valor, le di parte de mi amor), se valió de su privanza para conquistar con ella mi dama, que, interesante, le favoreció mudable.

Duquesa. Todo el poder lo atrepella.

DON PEDRO.

Disimulaban conmigo los dos amor y amistad, fingiendo ella voluntad, como él finezas de amigo; y remitiendo al secreto el logro de sus amores, fueron tantos los favores, que, celoso o indiscreto, vino a aleznar que le diese cuantos papeles tenía míos. Encontréle un día leyendo, sin que me viese, uno, que fue, si me acuerdo, el segundo que admitió.

Duquesa.

En ese firnra yo que entró el ingenio en acuerdo, y que, ostentando finezas, hizo vistas el amor de todo el apañador de conceptos y agudezas.

DON PEDRO.

No liere muchos el mío; pero sé que fue estimado, admitido y ponderado.

Duquesa.

Si sería; yo lo fio. ¿Haos quedado en la memoria alguna cláusula del?

DON PEDRO.

No es, señora, este papel de novelas, que en la historia que uno cuenta los refiere, prosa o verso, sin perder, ya sea hombre o ya mujer, letra ni tilde.

Duquesa.

Y si hiciere yo relación verdadera de ese papel, ¿qué diréis?

DON PEDRO.

¡Vos! ¿De qué modo podréis?

Duquesa. ¡Válgame Dios!

DON PEDRO.

Es quimera.

Duquesa.

Apostad que su tenor de aquesta sueta decía: «Complien, señora mía, la esperanza y el tenor...»

DON PEDRO.

Eso escribe el Mariscal a vuestra hermana.

Duquesa.

Decid que lo trasladó de extranjero original.

DON PEDRO.

Puede ser; pero no mío.

Duquesa.

Pues ¿de dónde sabéis vos, si no os entendéis los dos (el negarlo es desvarío), que empezaba así el papel que vos a mi hermana disteis? ¿Vela como vos lo escribisteis?

DON PEDRO.

Diome Carlos parte del, después de haberle notado; mas deso no colijáis que yo le escribo.

Duquesa.

Mostráis quitates de un fiel criado; pero advertid que mi hermana, ya que a Carlos favorece, su amor, es cosa llana que gozará, si es leal, el premio de este ciudadano, no el dueño deste traslado, sino el del original.

ESCENA X

DOR PEDRO, solo.

¿Qué querrá decir en esto?
¡Vive Dios!, que esta mujer
exámenes quiere hacer
de mi amor. Haime propuesto
tantas dadas, que, dispuesto
a imaginaciones nuevas,
niño amor, cuando te aherras
a cosas sin proporción,
no tengo yo condición
para sufrir muchas pruebas.
¿Que gozara, si es legal,
el premio de este cuidado,
no el dueño deste traidado,
sino el del original?
No me quiere a mí muy mal
quien esperanzas esconde
y en misterios me responde
a la primer vista así.
Que yo el papel escribi
supo. Pues ¿de quien o dónde?
Porque Victoria no sabe
quién soy, ni Carlos tampoco.
¡Vive el Cielo!, que estoy loco.
Muja tan discreta y grave,
cuya libertad con llave
jamás abrió puerta a amor;
¡tan curiosa en mi favor!
Despacho, prolijo encanto,
que no es necesario tanto
para un buen entendedor.

ESCENA XI

VICTORIA, CARLOS, ROMERO y DOR PEDRO.

CARLOS.
Prométele a Vneceleñcia
que la gueto tanto, tanto...
ROMERO. (*Aparte.*)
¡Con la turbación que empieza!
CARLOS.
Dígalo mi secretario.
VICTORIA.
Guardad, señor Mariscal,
testigos tan abonados
para increíbles envidias
que pretenden desdoraros;
que para conmigo, os juro,
que estáis tan acreditado,
como dirán los papeles.

que tengo vuestros, y paso
por ellos cada momento
los ojos y el gusto, hallando
cada vez más que admirar;
que yo jamás hice caso
de hipóboles habladoras,
que sin sentir los cuidados
que encarecen, se acreditian.

ROMERO. (*Aparte.*)
Tiene amor sus papagayos.

VICTORIA.
Como es potencia del alma
la voluntad, y esta ha dado
en el discreto sus veces
al entendimiento, es claro
que con sesgado estudio
discurriendo y meditando,
había del modo que piensa
mejor cuanto más de espacio.
Conversables elocuciones,
tan copiosas de vocablos,
que parecen calepinos,
sospicho yo, y no me engaño,
que con la facilidad
que se enamoran hablando,
se olvidan aborreciendo.
Más vale amor asenado,
que no el que sólo en la lenzaja
encarecen cortésame.

DOR PEDRO.

¡Qué divino entendimiento!

VICTORIA.
Pensamientos estudiados,
en borradores escritos,
son de los que yo me pago.
Dadme pensamientos vos,
y no receleis contrarios.

CARLOS.

Ocupan vuestras memorias
mis pensamientos turbados.
Tanto, señora, os estimo,
que anoche delos cerrado,
un sueño pudo malarme.
Dígalo mi secretario.

ROMERO. (*A Dor Pedro.*)
El no sabe hablar sin tiVICTORIA. (*A Dor Pedro.*)
¿Qué decís vos?DOR PEDRO. Que no es falso
lo que de su sueño fio.

porque como os quiere tanto,
y teme competidores,
sonó anoche alborotado
que os robaba el de Agracacia;
y por vengar vuestro agravio,
tomó la espada desnuda,
y a no estajarle los pasos
yo, que en su cámara durmo,
le sucediera algún daño.
Con tanto extremo os adora,
¿No es mucho quererlos tanto?

VICTORIA.

Quien durmiendo tiene celos,
despierto será un milagro
de amor, que el sueño es pintura
que sólo copia retratos.
Mucho debéis de querer.

CARLOS.

Los extremos que yo hago
después que vi esa belleza...
Dígalo mi secretario.

VICTORIA.

¡Que habie un hombre de esta suer-
tan discreto y avisado
en lo que escribéis! No sé
si lo crea: ¡extraño caso!
Su presencia me enamora;
en Nápoles es su Estado,
después del Rey, el primero;
sus papeles, ajustados
a mi gusto, llevárame
la inclinación.) Ahora, Carlos,
no séis el primero vos
que acostumbraís a turbaros
delante de otros respetos;
que yo sé de un gran soldado
y gran poeta que siempre
que hablaba al Rey, olvidando
lo que estudiado traía
en orden a sus despachos,
daba con sus desaceritos
admiración a los sabios,
descreído a sus papeles
y que reir al Palacio.
Mas diréis yo como el Rey;
que después de sosegaros,
me consultéis por escrito.

CARLOS.

Desígame muy obligado.

VICTORIA.

Pues para que más lo estéis,
con aquesta pluma pago
pensamientos de la vuestra.
(*Quítase una pluma del tocac
y se la ofrece.*)

CARLOS.

Tomadla, hola, secretario.

DOR PEDRO.

¡Fests! Vneceleñcia lleque,
y besándole la mano,
encarezca este favor.

CARLOS.

Estoy de veras turbado,
señora, con tanta luz,
y... y... y...
(*Tomándola.*)

VICTORIA.

Conde, quedaos.

(*Vase.*)

ESCENA XII

DOR PEDRO, CARLOS y ROMERO

CARLOS.
La he de sacar hoy...ROMERO. (*Aparte.*)

¡Qué bestia!

CARLOS.

...sobre la ctm de mi bayo.

DOR PEDRO.

¿Qué decís, señor?

CARLOS.

¿Pues dónde?

DOR PEDRO.

En la gorra.

CARLOS.

Bien pensado,
Pues pondréla luego.

ROMERO.

¿A quién?

CARLOS.
Dígalo mi secretario.

ACTO SEGUNDO

ESCENA PRIMERA

Le DUCESA, sola.

Amor, este hombre ha venido para mí, para mí,

de la paz de mi sentido,

Yo he perdido

cuantos propósitos buenos

gozaba en tiempos serenos

el sosiego de mi dicha.

¡Qué desdicha!

¡Por ser más, venir a menos!

No pensaba yo emplearos,

descuidada libertad,

en ajena voluntad.

¡Qué mal supisteis lograros

por gozaros!

Sin la entusiasmada pasión

del talamo, confusión

de tanta quietud perdida,

libre vida

descataba mi opinión.

Tercero del Mariscal

es este español cruel;

hechizarme en un papel,

de su discreción caudal,

sangre real

le hiciera, en Castilla adora,

aquí escribe y enamora,

¡Y qué sé yo

si en nombre ajeno feróo

lo que en nombre suyo adora?

Celos en Castilla ausentes,

y celos padecero aquí:

estos son los que temi,

que, en fin, son celos prudentes.

Si, imprudentes,

me atormentan, ¿qué he de hacer?

Viviendo en tal padecer,

¿qué paciencia ha de bastar

para callar

celoso, amante y mujer?

ESCENA II

Romero y la DUCESA.

Romero. (Creyéndose solo.)

Buenas aventuras me mando,
si de quien sospecho son.

DUCESA.
¡Hola!

Romero. ¿Todo extenuación
anda el palacio oleando?

DUCESA.
¿Qué buscáis?

Romero.

Vuecelencia? ¿No me conoce?

DUCESA.

¡Ah, sí! No había
reparado en vos.

Romero.

Podía
acordarse, así se fue,
del soldado que le dijo
las gracias del Mariscal.

DUCESA.

¿Sois muy secreto?

Romero.

Siempre que lo soy me afitto.

DUCESA.

¿Dónde está vuestro señor?

Romero.

Eso es lo que yo quisiera
saber, para que me diere
adivicias, si las da amor.

DUCESA.

¡Albricias! ¿De qué?

Romero.

Este pliego,
nuevo caballo de Troya,
promete vestido o joya.

DUCESA.

¿Es de Castilla?

Romero.

Si llego
a pesarle, es de su dama.

DUCESA.
¿Cómo?

Romero.

Aunque el sobre es protocolo,
pega poco, y de mi voto,
no pesa amor, porque es llana.

DUCESA.

¿Pulceto?

Romero.

Aunque ratero,
como Romero me llamo,
tengo, según dice mi amo,
las virtudes del romano,
y debe entre ellas entrar
esta también.

DUCESA.

los dos?

DUCESA.

Pues ¿se escriben

Romero.

Como ausentes viven,
sus almas suelen andar
de Cece en Mecca, corriendo
la posta, al ir y venir.

Debió mi amo de escribir
¡uego que llego, y cogiendo
la carta de buen talante
a la dama, le responde.

DUCESA.
Si en los dos se corresponde
amor, y pasa adelante
sin entibiarse la ausencia,
¡ustrias quejas ha dado
vuestro dueño de olvidado.

Romero.

¡Luego ha dicho a Vuecelencia
su historia?

DUCESA.
Me la contó
a peusas, como sangría.

Romero.

¡Buena, por Dios! Y quería
que, por tragarme la voz,
reventase de oplado.

DUCESA.

No os deis vos por entendido
de que por él lo he sabido.

Romero.
No haré, aunque estoy enojado,

DUCESA.

El porte os quiero pagar
desde pliego. (Tomándole la c.)

Romero.

Para qué?
Si es tan discreta, verá
que se merezca igualar
esta carta a las que escribe
por Carlos vuestro señor.

DUCESA.

¡Oh! ¡Bonita es la Leonor!
Mejor vuelve que recibe.
Mas habla que un purregayo.
Tuviera una tia vieja
en las Huelegas a una reja
un año, de Mayo a Mayo,
y salió breve plizada.

DUCESA.

Eso quiero yo saber,
pero habéisme de tener
secreto.

Romero.

¿Y?

DUCESA.
El porte os quiero pagar desde pliego. (Tomándole la c.)

Romero.

Para qué?
Si es tan discreta, verá que se merezca igualar esta carta a las que escribe por Carlos vuestro señor.

DUCESA.

¡Oh! ¡Bonita es la Leonor! Mejor vuelve que recibe. Mas habla que un purregayo. Tuviera una tia vieja en las Huelegas a una reja un año, de Mayo a Mayo, y salió breve plizada.

DUCESA.

Eso quiero yo saber, pero habéisme de tener secreto.

Romero.

¿Y?

DUCESA.

Vos.
¡Sin duda! Venga acá; pues no he podido salir medio mes cabal detector del Mariscal, discreto sustituido, ni en las cartas que a mi dueño desde Burgos le envió, no sé callar cuando sueño, pues cuento cuanto me pasa con las damas cada día; tanto, que nadie se fía de mí en toda vuestra casa. ¿Y quiere hacer Vuecelencia en mí ese milagro ahora?

DUCESA.

Yo he de haverle.

Romero.

Si es doctora,
y hay para aquesta dolencia cura, recete.

DUCESA.

Si haré.
Yo os libro en mi tesorero cada día.

ROMERO. Si es dinero, divino recípe fue.

Duquesa. Un doblón, con condición que el día que no caigas, los mismos palos llevéis que blancas tiene un doblón.

ROMERO.

(Pato Miguel!) Cuántas blancas tiene un doblón sumare. Espere, y la cuenta haré.

(Las manos le quedan mancas al críel ejecutor.)

Un doblón, veinte y seis reales, Cuatro veces seis... Cabales, ochocientos (!Inda flor de carrasco!) y más, ochenta y cuatro maravedís.

Duquesa.

Si otros tantos añadís, serán...

ROMERO.

Sacada la cuenta, mi setecientos, y mis sesenta y ocho, las blancas. ¡Fuego de Dios, y qué francas dadas, señora, das!

¡Por un secreto parido, mi setecientos sesenta y ocho palos! ¡Mala cuenta! Aberrunco del partido. Desdoblare Vucelencia.

Duquesa.

Esto ha de cumplirse así. Acabemos.

ROMERO.

¡Ay de mí! Yo quedaré en quinta esencia de romero a la ocasión primera. ¡Crueldad civil!

¡Sesenta palos tras mí!

Duquesa.

Aoudid por el doblón, desde luego, y para el porte este bolsillo tomad. (Le da un bolsillo.)

ROMERO.

Si he de callar, recetad una gaita que reporte el mal que ya me provoca esta negra oplicación:

saldrá siquiera a trialción, pues no puede por la boca.

Duquesa.

Andad, que con tal receta no os hará el secreto daño.

ROMERO. (Aparte.)

¿A mí, mi palos? ¡Mal año! Que los lleve una carreta.

(Vase.)

ESCENA III

La Duquesa, sola.

Hasta, que empieza en azares el juego de nuestro amor.

Si es infernal su rigor,

¿qué seran celos a pares?

Los unos trae el correo,

los otros caseros son.

¡Extremada provisión para venir de acarreo!

¡Ah celos registradores,

que adivinan mis temores,

¡Vemos el desengaño.

siempre buscáis nuestro daño!

Un retrato viene dentro.

(Abre la carta.)

¡Bello rostro de mujer!

¿Quién duda que he de perder

si es azar aquesta encuentro?

¡Digno empleo de español!

¡Logro hermoso de los Cielos!

Pero mirota con celos:

aventajaré al sol.

¡Lemos, alma, sin miedo,

que pues en mí poder se halla,

en estatua he de quemarla,

ya que en persona no puedo.

(Lee.)

«Amor, agravio y ausencia, empujados corria mi sosiego, fueron tan solícitos, que se informaron del camino que hicisteis desde la noche que, en agravio de la amistad de Don Vela, a él lo heristeis y a mí me des-acreditasteis. Murio inocente. El Rey os busca arado, promete aplacalle la Reina su madre, vuestra prima. Ese retrato lleva trasladado, el rostro y la seguridad de vuestra sospecha; tratadme bien, que es huésped, y respondedme aunque sean injurias; que a la molestia privación de vuestros cartas, es único remedio, de au-

encias penosas. El Cielo os desengañe. Dios os guarde etcétera.—Doña Leonor de Castro.»

Celos, ya estáis declarados.

En vano son resistencias

donde sebran competencias

y multiplican cuidados.

Propuestas mal logradas,

si os engaña

un nielo del Rey de España,

¿qué os lastima?

¡A su Reina llama prima!

¡Contra celos,

coronas, amor, desvelos,

¿qué valer será de estíma?

Remedia con su retrato

ausencias Doña Leonor;

nueño su competidor,

no será Don Pedro ingrato.

Si la industria y el recato

no procura

alejar de su hermosura

valadores,

con tales despertadores,

¿de qué sueño

no resultará el dueño

de su gusto y mis temores?

Si despierta, ¿quien podrá

contra memoria celosa

oponerse? Claro está

que es locura. Si se va,

su mudanza

dará muerte a mi esperanza.

Resistirse.

si se queda, es prevenirse

a tormentos.

¿Qué haremos, pues, pensamientos,

entre el quedar y el partirse?

ESCENA IV

Don Pedro y la Duquesa.

Don Pedro. (Sin ver a la Duquesa.)

Solísticos pensamientos,

imposibles pretendéis,

¡mejor será que troquéis

desdichas por escarmentos.

No permitáis lo que ignora

la desdicha que me humilla.

Duquesa.

¿Es Don Pedro de Castilla?

¿Dónde tan triste?

Don Pedro.

Esta memoria tirana me causa penas crueles.

¡Oh señora!

Duquesa.

¿Proseguiréis los papeles de Carlos para mi hermana?

Don Pedro.

Como gusta de admitirlos, y por ellos megra Carlos, gusto yo también de darlos.

Duquesa.

¿Y no diréis de escribirlos?

Don Pedro.

Si Vucelencia da en eso, puesto que es en mi favor, desdichados de su amor,

padecera quien confieso que se desveía por dar

nuestras que en su pluma alega

lo que la lengua le niega.

Duquesa.

En esto del desvelar estaréis muy discreto vos.

Don Pedro.

De orbitarlo, un desdichado anda triste y desvelado,

que es verdugo amor, si es dios.

Duquesa.

Y es Doña Leonor de Castro, puesto que falsa, tan bella,

que, comparado con ella,

es ebano el alabastro.

Don Pedro.

¡Vive Dios, señora mía, que a poderse sospechar cosas de vos, que a dudar obligan mi fantasía,

que jurara que tenéis...!

Duquesa.

¿Familiar, queréis decir?

Don Pedro.

No me atrevo a presumir tanto; mas, como sabéis cosas de mí tan ocultas

y tan distantes de aquí?

Duquesa.

¿Qué sabéis vos si aprendí a hacer mágicas consultas?

Don Pedro. ¡Vos de mi tan cuidadosa, que aun el nombre hayáis sabido de mi dama!

Duquesa. Y he tenido noticia de cuán hermosa y discreta es la Leonor, a cuya alabanza asisto. Y aun si es digo que ya he visto, no mentiré.

Don Pedro. ¿Vos?

Duquesa. Su amor no es tan firme como el vuestro.

Don Pedro. Es luna y ya amor es mar.

Duquesa. Diréislo por el lunar que tiene en el dedo dextero de la cara.

Don Pedro. (Aparte.) ¡Es hechicera, Cielos, aquesta mujer!

Duquesa. Lunar es que puede ser escella en la octava esfera. ¿No lo sentís vos ansí?

Don Pedro. Señora, lo que yo siento son prodigios de un portentoso, que me ha de sacar de mí.

Duquesa. Cabos negres, agüelña, un poco grande la boca, dientes de cristal de roca, la frente algo más pequeña que pide la proporción de la cara, bien pobladas las manos, aunque adelantadas del misterioso Jabón... y discreta, sobre todo, que es alma de la hermosura.

Don Pedro. Si verme loco procura Veneceñcia, dese modo podrá, si no se declara, saltar con su pretensión.

Duquesa. A su comarificación, y yo sé que yo, Don Pedro, os ayudara, porque somos muy amigas, aunque a Amalía la trujera y mi Estado reparara imposibles de remedio.

Duquesa. ¿quien las ha de socorrer? Doña Leonor es mujer de Don Vela; ved: ¿qué medio en esto se puede dar? Herido quedó de muerte, pero el amor que divierte peligros que remediar no puede la medecina, salud en breve le dio; su Rey los apadrinó; y aunque Doña Catalina, prima vuestra y Reina hermosa, que el medio toma a su cuenta, aplacar a un hijo intenta la venganza furiosa que despacha contra vos justicias y embajadores; mucho pueden los rüpros reales: son como Dios.

Duquesa. Y aunque aquí estáis muy seguro, quisiera hablar otra traza para el mal que os amenaza para la paz que os procuró. Yo os he visto aflorinado a mi hermana, en vuestra menzura; que lo que niega la lengua, los ojos lo han publicado.

Don Pedro. Engañase Veneceñcia.

Duquesa. Luego ¿no la queréis bien?

Don Pedro. Quiérola bien, como quien es de la circunferencia del amor del Mariscal, cenuto y punto, y porque veo, según en sus ojos leo, que será con yrigo igual señora de vuestra casa.

Duquesa. ¿Pues escus parece poco, supuesto que amor es loco que de un tema en otro pasa? En efecto, la queréis, aunque sea por señora. La vista casionadora y el amor que la tenéis,

añentando en vos la llama, hará en espacio pequeño, que si la amáis como dueño, después la améis como a dama.

Don Pedro. Indignas dese beldad con sospechas maliciosas.

Duquesa. Principio quieren las cosas; Don Pedro, aquesto es verdad, y, si no, venid acá: supongamos que vos fuisteis quien el papel escribisteis, aunque esto supuesto está; cuando, estudianto y discreto, tantas letras decís, ¿no la tenéis por objeto?

Don Pedro. Por objeto mío, no.

Duquesa. Séase vuestra o ajeno (que yo esta vez no os condeno), ella, pues os ocupó el ingenio y el sentido todo el tiempo del papel, ¿no la imagináis en el muy hermosa y merecido empleo de su alabanza?

Don Pedro. Si, señora.

Duquesa. Y aquel retrato que con la pluma el retrato pintáis que el estudio alcanza, ¿no le sirve de obrador el entendimiento, donde en especies corresponde su similitud, mejor que en la lengua, que es impropia?

Don Pedro. No hay negarlo.

Duquesa. ¿Y qué queréis, allá, sacando la copia? Hay quien persuadirse pueda que dejáis ¡buena fruslería!, tan limpia la voluntad, que sin las diminutas quedas, Pues viéndolos la memoria,

quien lo adierte, ¿creerá, Don Pedro, que no sois ya ciego azarante de Victoria?

Don Pedro. Yo, suponiendo que escribo los papeles que decís, ya que a eso os persuadís, como tan celoso viví, siempre que a Victoria alaba la pluma, lengua de amor, contemplo en Doña Leonor.

Duquesa. ¿¿Vos? Peor está, que estaba. ¡Ay celos, cuáles andáis, ya en uno, ya en otro extremo!

Duquesa. ¿que habéis de enloquecer temo si esa dama no dejáis. Porque caada y ausente, ¿qué remedio puede haber? La diversion puede ser tercera desde accidente. Galantead a mi hermana, que en mí tendréis, y os lo juro, y olvidad la castellana; que si en Amalía os casáis y en mí Estado sucedéis, desdehas desmentiréis que perseguide Morlas.

Don Pedro. Yo os beso, señora mía, las manos por merced tal; pero sirvo al Mariscal, y pues de mí se confía, no he de hacerle burlón; que nunca con ellas medro.

Duquesa. Pues acabemos, Don Pedro: a Carlos tengo aición, y celos de que Victoria con tanto extremo le quiera. Si más avisado fuera, o en todos menos notoria la falta de discreción que Napolea vituperara, su gentileza pudiera desbaratar mi opinión. No me incluaba, hasta aquí a casamientos pensados, donde en celos rigurosos muestras de mi muerte ví. Dorando la ajena escasa; que principales divertidos solamente son maridos titulares de su casa.

En Victoria pretendía gozar vuestra sucesión, y entrando en religión, excusar la tiranía de un hombre, que con injustos agravios paga desvelos, y en escaseces de celos, y en abundancia de gustos. ¡V! a Victoria tan perdida, tan amante, tan pagada de discreción, alquilada, a que es propia pensaduría, que sus propósitos vanos ni envidia desbarato; mas ¿qué mucho, si nació la envidia de dos hermanos? A Carlos quiero, en efecto, por ser de mi hermana amado, y un medio tengo estudiado con que le hagamos discreto; mas para esto he de valermé de vos.

Don Pedro.
Eso es gran favor.

Duquesa.
La discreción y el amor que está seguro, se diere y descuida sus recelos, hasta que penas recibe. No hay cosa que más avive el ingenio que los celos.

Don Pedro.
Antes tienen opinión de necios.

Duquesa.
En los maridos, que en amores entendidos su estera es la discreción. ¿No os holgaréis vos de ver discreto a Carlos?

Don Pedro.

Duquesa.
Pues vedéis cómo se muda si fingis, Don Pedro, ser su competidor.

Don Pedro.
Con tal que de sujeto mejoré y a vos, discreto, os adore; antes al gran Mariscal le sivo así que le agravió, y yo en esperanzas me dro.

Duquesa.
¿Cómo es eso? No, Don Pedro, que si no sacamos sabio a Carlos, no ha de perderse Victoria; y si vos la amais, antes que efectos veáis desta cura, es ofenderle, y compitiendo los dos, fuera experiencia cruel que se quedase hecho el y os perdiésemos a vos. Y habéis de hablarla con tiempo.

Don Pedro.
Fues, señora, esto de amar, ¿es acaso recibir por adarques?

Duquesa.
Esto intento, o dejarlo.

Don Pedro.
Vuecelencia, porque mi pena aliviase, me aconsejó que olvidase mi dama con la asistencia de su hermana, y se al presente me pone tasa en hablar, ¿de qué suerte he de olvidar mis desdichas?

Duquesa.
Fácilmente. Cuando os obligare amor a apelear a Victoria, haced entonces memoria de vuestra Doña Leonor. Y si aquesta predomina, de Victoria os acordad; si una de otra mediana.

Don Pedro.
Alto, señora: yo intento decirme un regíme en todo por vos.

Duquesa.
Si comities estas dos, ¿qué me divertiré el pensamiento, no os atienda ninguna; y yo, si por vuestro medio, liene el Mariscal remedio, estimaré mi fortuna. Pero advertid que me des los papeles que le escriba mi hermana, porque recibas los que en su nombre llevéis, que han de ser míos.

Don Pedro.

¡Ah, sí!

Duquesa.
Pero advertid que a los dos (digo, al Mariscal y a vos), liene de ir cada papel que escribiere dedicado.

Don Pedro.
¿A mí y todos?

Duquesa.
Distraizado, y a lo claro pare él.

Don Pedro.
Pues ¿de qué suerte podré saber lo que es para mí?

Duquesa.
Buscad, Don Pedro, que así vuestro ingenio probré. Y en esto del divertiros, sea como se ha ordenado: si Victoria os dé cuidado ni Doña Leonor suspiros; sino de suerte apartad, que ande dudosa en las dos vuestra voluntad, y... adiós.

Don Pedro.
No os vais, señora; aguardad.

Duquesa.
¿Qué queréis?

Don Pedro.
Y si la llama que entre los dos receláis crece, ¿podré, si gustáis, divertirme en otra dama?

Duquesa.
¿Por qué no? Poco eso os cuesta, que quien aquesta os permite, no es bien que esotra os limite.

Don Pedro.
¿Y si fuerades vos esta, ¿a que sabía me curéis? Decid también: ¿por qué no?

Duquesa.
¿Pues puedo quitaros yo que no améis a quien queráis?

Don Pedro.
En fin: ¿bien podré servirlos según vuestra cura ordena?

Duquesa.
No me moriré de pena.

Don Pedro.
Dadme...

Duquesa.
Esto por divertiros.

Don Pedro.
... esa mano...

Duquesa.

Don Pedro.
Esa está a censo

Duquesa.
Ya sois cruel.

Duquesa.
Mas besada en nombre del.

Don Pedro.
¿Y en mílo no?

Duquesa.
Ni por pienso.

ESCENA V

Don Pedro, solo.

Ahora sí que sales, recelos, de confusión. Dichosa es esta ocasión, voluntad, si os divertía. La Duquesa, por vobros, muestra que la doy cuidado; Doña Leonor se ha casado; olvidámosla, deseos. A Victoria me permite hablar, porque la verplenza pretende que el amor venza; mas cuando la solicite y ame a Carlos la Duquesa, ¿qué perderé yo en querer la más hermosa mujer que el mismo Amor interesa? Acabemos, pues, amor, y acabad mis inquietudes, y olvidad imprudencias de mi patria y de Leonor.

ESCENA VI

ROMERO y DON PEDRO.

ROMERO. (*Aparte.*)¡Valgame Dios, por secreto!
¡Que malos ratos me has dado!

DON PEDRO.

¿Qué hay, Romero?

ROMERO.

Estoy preñado.

DON PEDRO.

Loco dirás.

ROMERO.

Y en aprieto notable. ¿No habrá comadres que secretos partieren, porque no me martiricen hijos que no tienen padres? ¡Jesús! ¡Qué revolución de tripas!

DON PEDRO.

Anda, borracho.

ROMERO.

Quiere salir el muchacho, y no le deja un doblón. Ya yo podré dar remedio mejor que el doctor Laguna, para no abortar ninguna. «Réchipe de medio a medio, de lo hablado cada día un doblón, que si la prueba, aunque siga de espanto bebás, no malparitas la cría.»

DON PEDRO.

¿Qué archivo de necesidades estudias, que siempre vienes con temas nuevos?

ROMERO.

No tienes parte en mis enfermedades, pues son de melancolías, mala condición y humor; tanto, que dijo un doctor hoy que eran hipocóndrias! Cuando ha que no me has hablado!

DON PEDRO.

Tst, Romero, me han traído desvelos que he padecido, misterios que no he alcanzado. La Duquesa Margarita sabe, y no sé yo de quién,

mi sangre, y nombre también, que dama el sueño me quita, las traiciones de Don Vela y mudanzas de Leonor.

ROMERO.

¡Valgame Dios!

DON PEDRO.

O es amor,

o misteriosa cautela, que por hilos medios mis secretos le dibuja.

ROMERO.

Si traza tiene de bruja; ella nos dará remedios con que volemos los dos a Burgos en un instante.

DON PEDRO.

¿Para qué, si con su amante se casa Leonor?

ROMERO.

¡Por Dios!

Ella me lo ha dicho aquí, hasta llegarme a pinchar de la mudable el junar del rostro.

ROMERO.

Ese yo le vi.

DON PEDRO.

Tíeneme esto tan confuso, que me ha de quitar el seso. ¿Quién de todo mi suceso a darle cuenta, se puso tan despacio?

ROMERO.

Una redoma, con dos diablitos encerrados, que hay demonios redomados en la judería de Roma.

DON PEDRO.

Diera por saber el cómo cualquier cosa.

ROMERO.

Yo también, por sacar a luz con bien treinta quintales de plomo. Mas fácil saberlo fuera, a no haber espaldas y ancas y palcos. Si mejos blancas

un doblón, señor, tuviera...
(¡Vive Cristo!, que reviento por desbucharlo.)

ESCENA VII

LA DUQUESA, DON PEDRO y ROMERO.

DUQUESA. (*A Don Pedro.*)

El papel

es este; mirad en él lo que os toca, y el intento proseguid que os he ordenado.

(*Le da un papel, y vase.*)ROMERO. (*Aparte.*)

A no salir en dos credos, secretos, meto los dedos; y quedo desembargado.

ESCENA VIII

CARLOS, DON PEDRO y ROMERO.

CARLOS.

Don Pedro, después acá, que os comunico y estimo, y con la lección me animo que vuestra amistad me da, soy otro. ¡Valgame Dios! ¿Qué poco a mis padres debot! Vos me disteis ser de nuevo, y así, mi padre sois vos. ¿Sabéis en qué echo de ver que no soy ya lo que he sido? En que siendo presunido primero, debí de ser grande necio, porque son de una misma calidad presunción y necedad.

Mas ya que sin Presunción estoy por vos, me prometo, con negligrosa mudanza, hallar la dicha que alcanza la amistad con el secreto.

DON PEDRO.

Dad esas gracias, señor, a vuestra dama y no a mí, pues cuando serviría os vi, en la escuela de su amor hice venturoso aprecio del bien que habéis conseguido. Vos, señor, nunca habéis sido lo que decís, porque el necio es incurable.

CARLOS.

Es así.

Mas ¿qué es lo que he sido yo hasta ahora?

DON PEDRO.

Necio, no;

poco ejercitado, sí. Porque la ocasión divierte el alma con la experiencia.

CARLOS.

Admire la diferencia

que en mí nuevo ser se advierte.
¡Grande fuerza tiene amor!

DON PEDRO.

Mayor la tienen los celos, pues engendran sus devotos un ingenio superior.

CARLOS.

¿Habéis, Don Pedro, de veras?

DON PEDRO.

Tanto, que si no se esmalta con ellos amor, le falta lo más perfecto: quimeras son de un tormento pusoso, en efecto; son la sal de todo amor, sin la cual el más fino no es sabroso.

CARLOS.

Pues ¿dónde podré yo hallar tan nueva mercuradura?

DON PEDRO.

El mismo amor que la cría, de balde la suele dar.

CARLOS.

Pues cueste lo que costare, yo deseo estar celoso.

ROMERO. (*Aparte.*)

El deseo es provechoso, y más cuando se casare.

DON PEDRO.

Ahora bien: queda esto así, que yo os daré tantos celos, que vuestro amor crezca a vuecos y quedéis sabio por mí. Esta es, señor, vuestra dama, con vuestros competidores.

CARLOS.

Celos, si aumentáis amores, felix quien suyos os llama.

ESCENA IX

Victoria, Próspero, Rugero, criados; Carlos, Don Pedro y Romano.

Victoria. (A Próspero y a Rugero.)

Duques, ya sabéis los dos que tengo el gusto sujeto a la elección de mi hermana, lo que me estima y la debo; a mi hermana me remito.

Próspero.

Como os resolváis en eso, discreta y bella señora, yo quedaré satisfecho, porque sé que la Duquesa no tiene otro pensamiento, según me ha significado, sino ayudar mis deseos.

Rugero.

Hame prometido a mi, si la lengua por rodets, claramente por los ojos, que ha de ser esposo vuestro solamente el Mariscal, más por dichoso que cuando, favorecido y alegre, con plumas vueia hasta el cielo del amor que le mostráis.

Victoria.

No sé yo que tan discreto es quien, mientras no es querido, a su dama pide celos; que estos suponen amor; pretendid, y dejad deso; que los amantes alcanzan obligando y no arguyendo. ¡Oh Carlos! ¿Aquí estáis vos?

Carlos.

En fe de que amor es pleito, digo a mis opositores informar de su derecho; pero informan de palabra, y estas se las lleva el viento, y yo, por pluma, en señal de lo que en ellas os debo, y así vivo más seguro.

Victoria.

Ya, Carlos, habláis discreto; y si amor turbar os hizo, debéis ya de querer menos.

Carlos.

Amor es Dios estuioso,

que poco a poco creciendo, en la escuela, como niño, empieza en los rudimentos. Era entonces ignorante; mas la industria del maestro y el deite de adoraros le van dando averjimientos.

Victoria.

¡Hay semejante mudanza!

Rugero. (Aparte, a Próspero.)

Próspero, ¿no escucháis esto?

Próspero. (Aparte, a Rugero.)

¿Hay quien replique a milagros? Desatase nuestro necio.

Carlos.

A mucho obliga un amor, un amigo sabio y cuerdo, y una suspensión suave. Mucho le debo a Don Pedro.

Victoria.

Mucho más le debo yo, pues resulta en mi provecho la mudanza que en vos hizo.

Don Pedro.

Las pies mil veces os beso.

Carlos.

Medrando con sus fecciones, veréis mi acrecentamiento, y mas si, como se albina, se esmalta mi amor con celos.

Victoria.

¿Celos sabéis pedir ya?

Carlos.

No los pido; mas deseo comprarlos, porque me añina mi secretario que en ellos consiste la discreción.

Próspero. (Aparte.)

Volvio la piedra a su centro. Todo discreto estuioso, a la postre acaba en necio.

Victoria.

¿Pues son ya mercadentas los celos?

Carlos.

Si tienen precio, si, señora; porque todo se vende ya en nuestros tiempos.

Victoria. ¿Y donde pensáis hallarlos?

Carlos.

Hameos de dar Don Pedro, que así me lo ha prometido.

Victoria.

A tener conocimiento, Carlos, de lo que compráis, no hiérades tal empleo; porque celos, ni aun de balde.

Carlos.

Como en amar no estoy discreto, pasar quisiera a mayores y estar celoso; que tengo para mí que es facultad que sustia el ingenio.

Victoria.

En fin: ¿celos queréis?

Carlos.

Si.

Victoria. ¿Y os los ha de dar Don Pedro?

Carlos. Si, gran señora.

Victoria.

¿Y conmigo?

Carlos.

Con vos.

Victoria.

¿Y si yo no quiero?

Don Pedro. A querieno vos, no fueran celos.

Victoria.

¿No? ¿Pues qué?

Don Pedro.

Escarnientos.

Romero. (Aparte.)

Id fruta de Medelin, si pretendes dar con ellos.

Victoria.

Ahora, Carlos, sed celoso, pues lo deseáis; veremos si del modo que os lo afirman os hallais sabio, por serlo. (Aparte, al retirarse.)

¡Don Pedro celos conmigo al Gran Mariscal! ¿Qué es esto? Alma, en que entender lleváis. (Vase.)

Rugero.

Corrido voy.

Próspero.

Yo voy muerto.

Rugero.

¡Que nos menosprecie así Victoria por este necio!

Próspero.

Es dichoso; ella, mujer; yo, infelice, y vos, discreto. (Vase.)

Carlos.

Secretario, id a buscarme lo prometido, y sea luego.

ACTO TERCERO

ESCENA PRIMERA

Victoria, sola.

¡Que conmigo le ha de dar

Don Pedro celos a Carlos!

¿Pues de qué suerte ha de darme,

si yo no le doy lugar?

Obligame a sospechar

esta dudosa quimera que en mi amor Don Pedro espera

hacer esta duda clara;

y no sé si me pesara

que Don Pedro me quisiera,

cuando me da algún papel,

en sus ojos habladores,

miró que me dice amores,

mas apacible que fiel.

Admiti a Carlos por él;

que puesto que sabre real

le hizo Gran Mariscal

de Nápoles, si le quiero,

mas es por el mensajero

que no por el principal.

ESCENA II

Victoria y Romero.

ROMERO.
¿Quién quiere apartarme allá
mil secretos, que le arrojó?

VICTORIA. (*Aparte.*)
Este le sirve.

ROMERO. (*Aparte.*)
¿Qué enojo!

VICTORIA.
Vení acá; llegaos acá.
¿Servís vos al secretario
de Carlos?

ROMERO.
Sí, mil señora,
y soylo yo suyo agora,
sirviendo el vientre de armario.
¡Maldiga Dios tantas blancas
como dieron a un doblón!

VICTORIA.
¿Tiene Don Pedro afición
aquí o en España?

ROMERO. (*Aparte.*)
¡Tráncase!
¡Que me fuerzan a decir
lo que escondo! Haced la cuenta
de los palos. Mil sesenta,
Lengua, callar y sufrir.

VICTORIA.
¿No respondéis?

ROMERO.
No me atrevo,
porque siendo respondón,
plero, señora, un doblón
y más de mil palos llevo.

VICTORIA.
¿Palos por lo que os preguntó?

ROMERO.
No, pero en esto de hablar,
en dándome en deslizar,
soy como calza de punto.
Hele hecho plero homenaje
de callar a mil señor.

VICTORIA.
Señal de que tiene amor
aquí.

ROMERO.

Vaya, esto de encaje,
sin preguntarme otra cosa.

En Burgos, donde nació,
a Doña Leonor sirvo
de Casiro, rica y hermosa.
Dejole por un privado
del Rey, que, siendo su amigo,
le fue traidor; y en castigo
de su traición, quando
de un espelón le dejó.

Vio a Nápoles, donde ha sido
la pobreza que ha tenido
tanta, que a servir entró
a Carlos de secretario.
Y con aquesto, chitón,
que me la jura un doblón,
y habrá palo temerario.

VICTORIA.
Debe de ser principal
el Don Pedro, que decís,
pues desá suerte sentís
que sirva al Gran Mariscal.

ROMERO.
Ya se le suelta otro punto
a la calza del secreto.
Es del Rey Don Pedro nielo,
y en desdichas, su trasunto.
Pergüenle el Rey Don Juan,
porque receña el derecho
que viene al Reino; y sospecho
que si sus contrarios dan
con él, que acabe la historia
que su padre comenzó,
quando sin culpa murió
en el alcázar de Soría.

VICTORIA.
Ya yo sé el suceso todo
dese Infante desdichado,
que acá su fama ha llegado,
y en la sustancia y el modo
lo afirma su descendiente.
Mas ¿dura de la Leonor
la esperanza y el temor?
¿Qué tanto su ausencia sienta?

ROMERO.
Señora, tecla me toca
vuecelencia, que me hurga
el alma, y toda la purga.
se me ha venido a la boca,
¡Adiós, ojos, dijo el otro,
Secretro, sin reparar,
vas malas y por rozar,
más vale aquí que en el potiro,
Dona Leonor se casó

con el herido Don Vela.
Vuestra hermana se desvela
por su amor. Contéla yo
toda su historia y suceso,
y cierto pliego la di
de Doña Leonor, que aquí
tiene de ser mi proceso.
Además, ciego por él,
contéla que el Mariscal
no era el autor principal
de tanto sutil papel.
Dato puede tanto en ella,
que de mi amo enamorada...

con el herido Don Vela.
Vuestra hermana se desvela
por su amor. Contéla yo
toda su historia y suceso,
y cierto pliego la di
de Doña Leonor, que aquí
tiene de ser mi proceso.
Además, ciego por él,
contéla que el Mariscal
no era el autor principal
de tanto sutil papel.
Dato puede tanto en ella,
que de mi amo enamorada...

VICTORIA.
Oid, oid.
ROMERO.
...y abrazada
de celos de Leonor bella.
VICTORIA.
Escuchad.
ROMERO.
...me pregunto
su linaje y sus amores.

VICTORIA.
Parad.
ROMERO.
...del Rey los rigores,
cómo, por qué, cuándo huyó,
sus desdenes, sus regalos,
si la amaba, si escribía.
¡Dame un doblón cada día,
y al no calló, mil palos.

VICTORIA.
Deben, hombre.
ROMERO.
Mas, por Dios,
que aunque más el seso plerda,
que de Victoria se acuerda
Don Pedro.

VICTORIA.
¿De quién?
ROMERO.
De vos.
Porque anoche soy testigo
que Don Pedro de Castilla
dijo: ¡Ay bella Victoria!
¡Quién se cassara contigo!

VICTORIA.
¿Estás loco?

ROMERO.
Yo, sutil,
dije: «Quando a hablarla vos,
diseño una vez no más:
dirsele el diablo milo.
Pues él viene, averiguado;
que ya yo, señora, ma,
pungué cuanto yo sabía,
y voy a tomar el caldo.

Este, entre burlas y veras,
me ha dicho lo que temí:
con mil recejos salí.
No son mis celos quimeras.
No fue a la promesa ingrato,
¡Miren en qué el casto intento
paró! ¡El aborrecimiento
de la grandeza, el recato!
¡El publicar que me hacía
de su Estado sucesora!
Pues en vano se enamora,
que Don Pedro es prenda mía.
Y si ella, por más edad,
a Amalí heredada, yo heredo,
si en Don Pedro alegar puedo
amorosa antigüedad.

ESCENA III
Victoria, sola.
Este, entre burlas y veras,
me ha dicho lo que temí:
con mil recejos salí.
No son mis celos quimeras.
No fue a la promesa ingrato,
¡Miren en qué el casto intento
paró! ¡El aborrecimiento
de la grandeza, el recato!
¡El publicar que me hacía
de su Estado sucesora!
Pues en vano se enamora,
que Don Pedro es prenda mía.
Y si ella, por más edad,
a Amalí heredada, yo heredo,
si en Don Pedro alegar puedo
amorosa antigüedad.

ESCENA IV
Don Pedro y Victoria.
Don Pedro. (*Creyéndose solo.*)
Al Gran Mariscal y a mí
dijo que se dedicaba
el papel que me enviaba,
y después que le leí,
mandándome responder,
no hallo cosa que me toque
y que al amor no provoque
de Carlos. Esta mujer
que tantas cosas penetra
me ha de sacar de sentido.
Desde ayer acá he leído
el papel letra por letra.
mil veces, y ¡vive Dios!,
que cuanto más y más leo,
duda más, y menos veo
de mi parte.

ROMERO.

Yo, sutil,
dije: «Quando a hablarla vos,
diseño una vez no más:
dirsele el diablo milo.
Pues él viene, averiguado;
que ya yo, señora, ma,
pungué cuanto yo sabía,
y voy a tomar el caldo.

(Vase.)

ESCENA III

Victoria, sola.

Este, entre burlas y veras,
me ha dicho lo que temí:
con mil recejos salí.
No son mis celos quimeras.
No fue a la promesa ingrato,
¡Miren en qué el casto intento
paró! ¡El aborrecimiento
de la grandeza, el recato!
¡El publicar que me hacía
de su Estado sucesora!
Pues en vano se enamora,
que Don Pedro es prenda mía.
Y si ella, por más edad,
a Amalí heredada, yo heredo,
si en Don Pedro alegar puedo
amorosa antigüedad.

ESCENA IV

Don Pedro y Victoria.

Don Pedro. (*Creyéndose solo.*)
Al Gran Mariscal y a mí
dijo que se dedicaba
el papel que me enviaba,
y después que le leí,
mandándome responder,
no hallo cosa que me toque
y que al amor no provoque
de Carlos. Esta mujer
que tantas cosas penetra
me ha de sacar de sentido.
Desde ayer acá he leído
el papel letra por letra.
mil veces, y ¡vive Dios!,
que cuanto más y más leo,
duda más, y menos veo
de mi parte.

VICTORIA.
¿Aquí estáis vos,
Don Pedro?

DON PEDRO.

Hermosa señora,
en idea transformado,
por estar en mi elevado,
no sé si estoy en mi agora.

VICTORIA.
En fin: ¿habéis de dar celos
conmigo al Gran Mariscal?

DON PEDRO.

Pideis el, soy leal;
si no los doy, opondrélos,
cumpliendo la obligación
en que me pone el deseo
de verle discreto.

VICTORIA.

Creo
que estos vuestros celos son
celos. Don Pedro, a dos hacéis.

DON PEDRO.

¿Cómo?

VICTORIA.

Porque hacen por dos,
obediéndole vos;
por el, guerra; por vos, paces.

DON PEDRO.

No entiendo a Vuesa Excelencia.

VICTORIA.

¿Podéisie vos celos dar,
si no me fingis amar,
hablándome en su presencia?

DON PEDRO.

No, señora.

VICTORIA.

¿Luego ya
sols ml amante, aunque fingido?

DON PEDRO.

No sé lo que soy o he sido.

VICTORIA.

Ese el tiempo lo dirá.
Pero si, delante del
me estás diciendo agudezas
y proponiendo finezas
de secreto firme y fiel,
mientras Carlos esté loco
sospechas averiguando,
riendo yo y vos burlando,
¿seré yo para tan poco,
que mientras digáis quimeras

que de burlas propongáis,
no os obligue a que volváis
enamorado de veras?
¿No podréis obedecer, estando en amor,
pues entráis tan sin temor
por los umbrales de amor?

DON PEDRO.

¡Ojalá que merecer
pudiera tal mi ventura,
dejando aparte el respeto
que a Carlos debo y prometí!
Esto es lo que se procura,
pero, señora, ¡qué fuera
que de burla semejante
saliese yo vuestro amante!
Nunca otro mal me viniera.

VICTORIA.

Pero si habéis de empezar
a dar a Carlos recelos,
aquí viene a ferir celos;
y os juro que ha de llevar
tantos de mí, que corrido
de habernos dado ocasión,
maldiga la discreción
que entre los dos le ha metido.

ESCENA V

Carlos, que se queda el perro, le dice a Victoria, que sale poco después, y se queda también retirada: Victoria y Don Pedro.

CARLOS.

Rato ha que le deje aquí.
¿Si habrá los celos hallado,
que me traen tan desvelado
por el papel que le di?

DIGNESA.

Sabrá Don Pedro el amor
que cara cara no osé
decirle, y remediaré,
si le advierto, el tener
que traigo de que a mi hermanita
ama, cual le permití.
Mas los dos están aquí.
Toda sospecha es villana,
y villano es el afeto
que ha engendrado en mí el infante.

VICTORIA. (Aparte, a Don Pedro.)

Atento nos mira, Carlos,
Proseguid, pues, solis discreto.

DON PEDRO. (Aparte, a Victoria.)

Empiezo, pues.

Ya habéis
quien soy y cuán bien nacido
me hizo el Cielo.

VICTORIA.

Ya yo sé
que vuestro padre fue hijo
de Don Pedro el Justicero,
a quien con falso apellido
llaman Cruel las historias
que imprimen sus enemigos.
Se que una dama incógnita,
aunque os amo a los principios,
llevada del dios
de un galán favorecido
de vuestro Rey, eclipsó
las memorias en olvido,
como su amante en vil trato
correspondencias de amigo,
y le hurtó vuestra venganza
mortalmente, y del castigo
del severo Rey burlando,
fue Napoles vuestro asilo.
Destierro y necesidad
os han de muerte abatido,
que servís a quien pudiera
mejor, Don Pedro, servirlo.
Mirad si sé vuestra historia.

DIGNESA.

En criado fementido
le ha dado cuenta de todo,
lo que confuso me dijo,
la relaté por extenso.

CARLOS.

Yo estoy en buen jaberlino.

VICTORIA.

Destad, Don Pedro, adelante,
Proseguid la historia.

DON PEDRO.

Digo
que pues todo lo sabéis,
y habéis de mí conocido,
cuando os traigo los papeles
de Carlos ponderativos,
en los ojos.

VICTORIA.

Ya, ya sé
que os debo algunas suspites,
y que os sirve mi memoria
de medios preservativos
contra rigores y ausencias,
que cobhechan el ovido
de Doña Leonor de Castro.

DON PEDRO.

Malos son estos indices.

VICTORIA.

Sé también que los papeles
que tanto abo y estimo,
bendidos a vos por padre,
me venden otro adoptivo.

CARLOS.

Peor es esto.

VICTORIA.

Y creed,
Don Pedro, que los estimo
solo porque se os parecen
como a sus padres los hijos.
Autorízase con ellos
quien muestra que simple ha sido
en creer que ha de engañarnos,
discreto por arteficio,
necio por naturaleza.

CARLOS.

¡Vive Dios!, que estoy corrido.
¿Har deslealtad semejante?
¿Qué es esto, Cielos? ¿Qué hechizos
se me han entrado en el alma,
que me heiban encendidos?
Matareto, ¡vive el Cielo!,
rompe Don Pedro la fe
de secretario y amigo.

DON PEDRO.

A la merced que me hacéis
estoy tan agraciado,
cuanto imposibilitado
de volver retortidos dignos.
Pero creed que a no estar
de por medio bien nacidos
respetos y obligaciones
de la persona, a quien sirvo,
que hubiera dicho ja, lengua
lo que los ojos han dicho,
explicando por palabras
lo que publican suspites.
Martir de mis pensamientos
en esta ocasión he sido,
que por estar tan bien
a Carlos ahora explico.
¿Tenebe amor Vuescencia...?

DIGNESA.

La comision ha excedido
el ingrato que le he dado,
o no ha el papel entendido,
o, lo que es más cierto, está

enamorado y perdido de mi hermana.

CARLOS.

Yo me abrase de no sé qué, yo me afijo de un mal cuyo nombre ignoro. Culebras y basiliscos el alma me están royendo. Yo adoro, al paso que envidio.

VICTORIA.

!La Duquesa tiene amor a Carlos!

DON PEDRO.

Hanne pedido que celos con vos le de, porque afirma que el ciclo desto es inutilizar los ingenios abetidos, porque necios y celosos son dos extremos distintos.

CARLOS.

Si celos hacen discretos, celos deben ser los míos, que ni entendimiento apuran y alormentan mis sentidas.

DON PEDRO.

No repara más que en esto, que quisiera, y no me admira, verle, al paso que galán, cortésano y advertido.

VICTORIA.

!Luego vos, no enamorado, sino solo comedido, por obedecer mi hermana, de mi amante dais indicios?

DON PEDRO.

Per lo uno y por lo otro: siento lo mismo que linjo, mandame lo que deseo, y a un tiempo a dos blancos tiro.

VICTORIA.

¿Cómo estaré yo segura que no mentis?

DON PEDRO.

Persuadidros puedo yo lo que os adoro.

VICTORIA.

¿Y la Leonor?

DON PEDRO.

Ya la elvdo.

VICTORIA.

¿Y mi hermanas?

DON PEDRO.

Ya es de Carlos.

VICTORIA.

¿Y Carlos?

DON PEDRO.

Ya es su marido.

VICTORIA.

¿Y vos?

DON PEDRO.

Soy esclavo vuestro.

VICTORIA.

¿Y yo?

DON PEDRO.

Soy el dueño mio.

CARLOS.

(Vase VICTORIA.)

ESCENA VI

La Duquesa, el pbro, Carlos y Don Pedro.

Carlos. (Dirigiéndose a Don Pedro.) Si no hubiera respeto a la casa donde estoy, villano, viérades hoy de mi venganza el efecto.

¿Para qué me hacéis discreto, si multiplican agravios mis injurias en los labios para que más me atormente, aunque no de un modo sienten los ignorantes y sabios?

Vos infamáis el valor que el Rey Don Pedro os ha dado: competidor, de criado; de secretario, traidor.

Al derecho de mi amor mal oponerse podrán papeles que vuestros dan puerta a amorosos delitos: mi causa hicieron escritos, y en mi nombre vencerán.

Quando el Capitán venido, del señor se hace memoria; al Rey se da la victoria, pero a los vasallos no: cada uno suya la victoria que hoy os dio.

La vuestra industria y mi porfia: será usurparia a mi amor; que pues soy vuestro señor,

ha de ser Victoria mia. Pero soce nuevo empeño de su amoroso cuidado.

Pues a quien fue mi criado pretende elogiar por dueño; que favorecida en sueño os juzgará inadvertida.

Quando mi venganza impida el logro que no tendréis.

(Sale la Duquesa.)

Duquesa. Y cuando vos no os venguéis, le quitaré yo la vida; que no ha de llamar esposo mi hermana a un hombre sin ley, y a su señor alevoso.

Quando yo a Carlos amara (que es verdad que he deseado que mi sangre y casa honrara), ¿tenéis vos merecimientos para poder pretendier?

Que en vos solo alcanto a ver pobreza y atrevimientos.

Soy un loco, un desleal, un bárbaro, un ignorante, un presumido arrogante, indigno que el Mariscal os confiase su pecho.

Carlos. Soy un secretario infiel, discreto solo en papel, de vos mismo salido; un amigo que rompió las leyes, sin hacer caso, de la amistad.

Duquesa. Carlos, paso, que basta veñirte yo.

Carlos. ¿Quién de los límites pasa de la amistad y prudencia?

Duquesa. Yo sola tengo licencia de veñir en esta casa.

Carlos. Si vos amparo le dais, Yo no le doy a un villano; mas no quiero que a la mano, cuando me enojo, me valis.

CARLOS.

Vencencia me perdona; satisfacción me dará, pues de vos me vengará.

(A Don Pedro.) quien castigados propiamente.

Duquesa. (A Don Pedro.) Yo haré que llevándoos preso a Castilla, en un cadalso a mi me venguéis por falso, y a vuestro Rey, por traveso.

Carlos. Yo le llevaré, si así vos, señora, lo ordenáis.

Duquesa. ¡Oh Carlos! ¡Qué extraño estais!

Dejadnos solos aquí.

Carlos. Pues siendo yo el injuriado, que quera vengarme, ¿es mucho?

DON PEDRO. Ya las injurias que escuchó ni paciencia han apurado, Carlos, porque os he servido, respeto os deho tener; privilegios de mujer, zenora, he reconocido; aunque también dais indicios de ingratos, pues si los sabios vuelven gracias por agravios, dais agravios por servicios.

Yo no he sido desleal, sino tan jeal a los dos, que obedeciéndoos a vos, he servido al Mariscal.

(A la Duquesa.)

CARLOS. ¿Servirme a mí es pretender que mi dama vuestra sea?

Duquesa. ¿Servirme a mi quien desea a mi hermana por mujer?

DON PEDRO. (A la Duquesa.) Pues vos, ¿no me aconsejasteis que a Victoria pretendiese?

Y vos que celos os diese, Mariscal, ¿no me mandasteis?

¿Para qué os quejáis de mi, si desto tenéis memoria?

Divertime con Victoria, y celos a Carlos di.

(A CARLOS.)

(A CARLOS.)

(A CARLOS.)

(A CARLOS.)

(A CARLOS.)

(A CARLOS.)

(A CARLOS.)

(A CARLOS.)

(A CARLOS.)

(A CARLOS.)

(A CARLOS.)

(A CARLOS.)

(A CARLOS.)

(A CARLOS.)

(A CARLOS.)

(A CARLOS.)

(A CARLOS.)

(A CARLOS.)

CARLOS.
¿Celos son estos?

DON PEDRO.
Son llave de amor, con que medra y crece.

CARLOS.
Oh celos! Esto merece quien compra lo que no sabe. Dijistes tanto bien dellos, que por vos los procuré; tan crueles los hallé, que me atormentais con ellos. No más celos en mi vida, no más rabiosa pasión, tan costosa discreción (1).

Duquesa.
Carlos, yo estoy ofendida, y vos, en el mismo estado con mi hermana que hasta aquí; que os he querido fingir; mas ya sabéis que he dejado, por lo que a mi hermana quiero, en ella la sucesión de mi casa. En conclusión: casaros con ella espero. Proseguid con vuestro amor, y quedad escarmentado de serviros de criado, que sabe más que el señor, que del presente que venimos, pues nos ha engañado así, desferrándole de aquí, vos y yo nos vengaremos.

CARLOS.
Por vos, bella Margarita, se sosiega mi esperanza, pues vuestro favor alcanza lo que un ingrato me quita. No más celos, ni aun en sueños, ¡que tales penas ofrecen! Pero siempre se parecen las dadiyas a sus dueños.

ESCENA VII

DON PEDRO y la DUQUESA.

Duquesa.
Sólos habernos quedado.

DON PEDRO.
Sólos; pero yo, ofendido.

Duquesa.
Amante favorecido, si de ausentes olvidado, ¡buena ganancia habéis hecho! Ya os quiere mi hermana bien.

DON PEDRO.
Si vos me mostráis desdeno, señora, ¿de qué provecho ha sido el ejecutar los remedios que dijistes?

Duquesa.
¿Quiérais yo, si lo entendistes, divertir, no enamorar; que más quien exceder procura, remedios que el sabio da, ¿de qué modo sanará echando a perder la cura?

DON PEDRO.
Pues, señora, ¿aquí de Dios, si a Carlos decís que amáis, si que le habeis mandado, si siendo tan cuerda vos, queréis curar más desvelos con invención semejante, y emperando a ser amante os dáis a vos misma celos, ¿puedo yo saber secretos que palabras contradicen?

Duquesa.
¡Qué necios son los que dicen que sabéis hacer discretos! ¿Habéis leído el papel escrito a Carlos y a vos?

DON PEDRO.
Iba dedicado a vos; mas no hallo palabra en él que no haga a Carlos favor, sin hacer mención de mí.

Duquesa.
¿Leístele bien?

DON PEDRO.
Sí, señora, pero ofendido.

Duquesa.
Leíde.

DON PEDRO.
Ya le leí, y no hay cosa para mí.

Duquesa.
Leíde, acabad ahora.

DON PEDRO.
Así dice.

Duquesa.
Comenzad. Tíveis yo por avisado, y Carlos os ha pegado, Don Pedro, la entermedad.

DON PEDRO. (Leyendo.)
Mafiscal, si sois cuerdo, en esta empresa, mucho vuestra dicha gana. Estimad los favores de mi hermana, pues que no dan disgusto a la Duquesa, y pues veis lo que interesa con ella vuestro amor, la pena vana que tenéis, ciudad de la tirana voluntad que vuestra alma tiene pre-

Mirad que, si os preciáis de agradecer fama y triunfo desta gloria geroso ganaréis contra el ofido. Acordaos, y a vuestra alma haced memoria, que siempre, de que sois de mí que-
me acuerdo, mucho más que de Vicio-
En todo aqueste soneto que a Carlos, señora, di-
¿hacese mención de mí?

Duquesa.
¿En verdad que sois discreto! Todo casi es para vos.

DON PEDRO.
¿Para mí? Si el Mafiscal nombráis, si en él liberal le favorecéis... Por Dios, señora, que pretendéis enloquecerme.

Duquesa.
Pretendo que entendáis que yo os entiendo. Como a mi hermana queréis.

ponéis tan poco cuidado en averiguar curioso ese papel misterioso, que no habéis en el hallado lo que discreto penetra y el natural debe al arte. Leíde parte por parte, miralde letra por letra, y hallaréis, al advertirlas, un papel que enterra dos. Buscad ahí para vos un soneto en redondillas.

DON PEDRO.
¿En redondillas soneto?

Duquesa.
Cada día hay cosas nuevas, y el ingenio todo es pruebas; buscalde, si sois discreto.

DON PEDRO.
Un soneto italiano tiene solo este papel.

Duquesa.
¿Pues no puede dentro del venir otro castellano?

DON PEDRO.
No sé cómo.

Duquesa.
Dalde ach. Lamiado entendimiento es el vuestro. Estadme atento.

DON PEDRO.
Atenta y confusa está el alma.

Duquesa.
Llegaos aquí. (Lee los primeros endecasílabos del soneto.)
Leyéndole desce modo, ¿no habla el soneto todo con Carlos?

DON PEDRO.
Señora, sí.

Duquesa.
Pues mirad si es para vos, aunque en sentidos diversos. Lo postero de los versos es, Don Pedro, para vos.

DON PEDRO.
Si sois cuerdo, en esta empresa, mucho vuestra dicha gana.

(1) En la Ed. Hartenbusch dice: «guarnición»; sería «guarición», por «curación»?

Los favores de mi hermana dan disgusto a la Duquesa. Y pues veis lo que interesa vuestro amor, la pena vana: ¡dichos de la tirana! que vuestra alma tiene presa. Si os preciáis de agradecido, fama y triunfo desta gloria ganareis contra el olvido. A vuestra alma haced memoria de que sois de mi querido mucho más que de Victoria.»

DON PEDRO.
¿Pues quiere Vuestra Excelencia que llegue yo a conocer, esclamente con leer versos en circunferencia, favores dados a oscuras, puestos para ostentación más de vuestra discreción que de humanas completuras? Entre renglones escrito, ¿quién dice en este secreto?

DUQUESA.
Vos, Don Pedro, sois discretos, mas discreto de poquito. Sed amante de Victoria, que con poco se contenta, y a vuestro deslenguero atenta, sabe toda vuestra historia. Con vos desposarse espera: el alma y la mano os dio. Ardid, servida, que yo me pasare como quiera.

DON PEDRO.
Eso, no, señora mía; perdóname su afición, que tan bella discreción culpa el perderla sería. Yo así con mi deseo, con los celos que le he dado, es ya cuando y avisado Carlos; quejoso le voy, que se queje no permite mi lealtad quien se acuerda de mi fama, ni yo pierda mi preciosa Margarita. Si pretendi, inadvertido, menoscabos de mi fe, perdón amoroso os pido. Negarme seirá en vano. Bien me queréis: ¿qué dudáis? *(Le toma una mano y se la besa.)*

DUQUESA.
Soñad.

DON PEDRO.
Si os desenojáis primero.

DUQUESA.

Soñad la mano.

DON PEDRO.

En ella estriba mi abono.

DUQUESA.

Soñadla, y si no me besé.

DON PEDRO.

Si os desenojáis, si habé.

DUQUESA.

Soñadla, que yo os perdono.

ESCENA VIII

Victoria, la Duquesa y Don Pedro.

Victoria. *(Aparte.)*
¡Mano y perdón! ¡Ay, hijos engañados!

DUQUESA. *(Enfo.)*
Mi hermana es.

Victoria.

No pecáis de desocetés, si a las niñas dais becamanos. ¡Ay, hermanas! En fin, cruel, no en vano mis quejas fundo. ¿Pretendes dejar el mundo y meteste más en él?

DUQUESA.

¿Pues tú a mí me reprendes, cuando, por cumplir tu amor, sabiendo que haces favor a Don Pedro, y que pretendes olvidar al Mariscal, quiero casarle contigo? El, viendo lo que le obligo, hego cortés y leal y la mano me besó. Peca liviandad arguyo, si ha de ser esposo tuyo.

Victoria.

¿Eso es cierto?

DUQUESA.

No sé yo

si lo será, que has andado muy necia y muy maliciosa.

Victoria.

¡Yo tengo de ser su esposa! Perdona si te he enojado. Luego, ¿eso Don Pedro intenta? Si te cosas o me caso, viviremos las dos.

DUQUESA.

Paso, que hace, Victoria, la cuenta sin la huéspedada tu amor.

Victoria.

¿Pues qué huéspedada hay aquí?

DUQUESA.

La huéspedada contra ti ha sido Doña Leonor, que ha un mes que en mi casa ha entrado.

DON PEDRO.

¿Qué me dice Vuecelencia?

DUQUESA. *(A Don Pedro.)*

¿Pues pudiera yo en tu ausencia haberlos sus señas dado sin haberla jamás visto?

DON PEDRO.

Eso es imposible cosa. Aquí está, amante y celosa.

DUQUESA.

Don Pedro, *(Aparte.)*
¡Qué mal mi enojo resisto!

Victoria.

¿Pues qué importa que aquí esté Leonor celosa o sin celos, si le obligaron los Cielos a que la mano me de Don Pedro?

DUQUESA.

¡Bueno sería entenderla así los dos! *(A Don Pedro.)*
¿Qué respondéis a esto vos?

DON PEDRO.

¡Ay hermosa Leonor mía!
DUQUESA.
¿Qué es eso?

DON PEDRO.
Satisfacer, contra mi celosa queja, a quien patria y padre deja solo por venir a ver.

DUQUESA.

¿Luego la tenéis amor?

DON PEDRO.

¿No he de ser agradecido a quien de España ha venido...?

DUQUESA.

Pues no ha venido Leonor, ni merecéis a Victoria, ni yo desde ahora os precio, ni de inconstante y de necio se borrará la memoria que eternizais desde aquí. ¿Hay condición más liviana? ¡Ya perdido por mi hermana, o ya perdido por mí!

DON PEDRO.

¿Qué es aquesto, confusión?

ESCENA IX

Romero, la Duquesa, Victoria y Don Pedro.

Romero.

Gracias a Dios que te he hallado.

DUQUESA.

¡holá!, ese criado. *(Salen criados.)*
¿Pues por qué, por seis doblones que he recibido?

DUQUESA.

Sacalde la lengua, y no por la boca.

ROMERO.

¿Está Vuecelencia loca? Oiga primero.

DUQUESA.

Llévalde. Solo un deslenguado.

ROMERO.

Es merengua que de mi sangre he heredado, pero si soy deslenguado.

claro está que estoy sin lengua.
No me la saquen, señora,
que hablaré por el cogote.

Duquesa.
Llévalde y dadle un garrote.

Romero.
!Mas nonada! Acabe ahora.

Duquesa.
Y esté preso en el castillo
ese ingrato castellano.

Romero.
¿No es bueno que esté yo sano
y muera de garrotillo?

Victoria.
!Preso Don Pedro!

Duquesa.

Acabad.

Don Pedro.
!Preso, señora!

Duquesa.

Llévalde
preso; pero no; dejalde.
Pero, ¿qué es esto? Aguardad.

ESCENA X

Carlos, Próspero, Encarna, La Duquesa, Victoria,
y Don Pedro, Romero y criado.

Carlos.

Señora, el Rey Don Ferrnando
ha tenido de Castilla
cartas de que está en Armali
Don Pedro, y la paz antigua
que con España conserva
a corresponder la obliga
con el gusto de Don Juan,
que en Burgos goza la silla.
Fara esto me ha mandado
prenderle; y si sois servida,
lo pondré en ejecución.

Don Pedro.

!Síguetomme mis desdichas!
Yo vine huyendo de España,
y parece cosa indigna
de la clemencia de un Rey
prender a quien del se fia.

dadme la mano y licencia
que por esposa os admita.

Victoria.
Carlos, yo soy vuestra esposa.

Romero.

Y yo, quien fue destas dichas
causa, señora, por ellas,
suspension de la paliza
y del garrote pretendo.

Duquesa.
Yo os doy desde hoy de por vida
el foblon.

Romero.
¿Libre de palos?

Duquesa.
Si.

Romero.
Mas que una abada yiras.

Próspero.
Nosotros gracias os damos,
señora, por ver cumplidas
tan bien nuestras esperanzas.

Don Pedro.
Mientras todos solemnizan
ecelosos que discretos son,
«amor» que hace maravillas,
dad ánimo a vuestro Tirso
para que despacio os sirva.

FIN DE
«AMOR Y CELOS HACEN DISCRETOS»

Seminario Multidisciplinario
José Emilio González
SMJEG
Facultad de Humanidades
LFR-KP

1306469